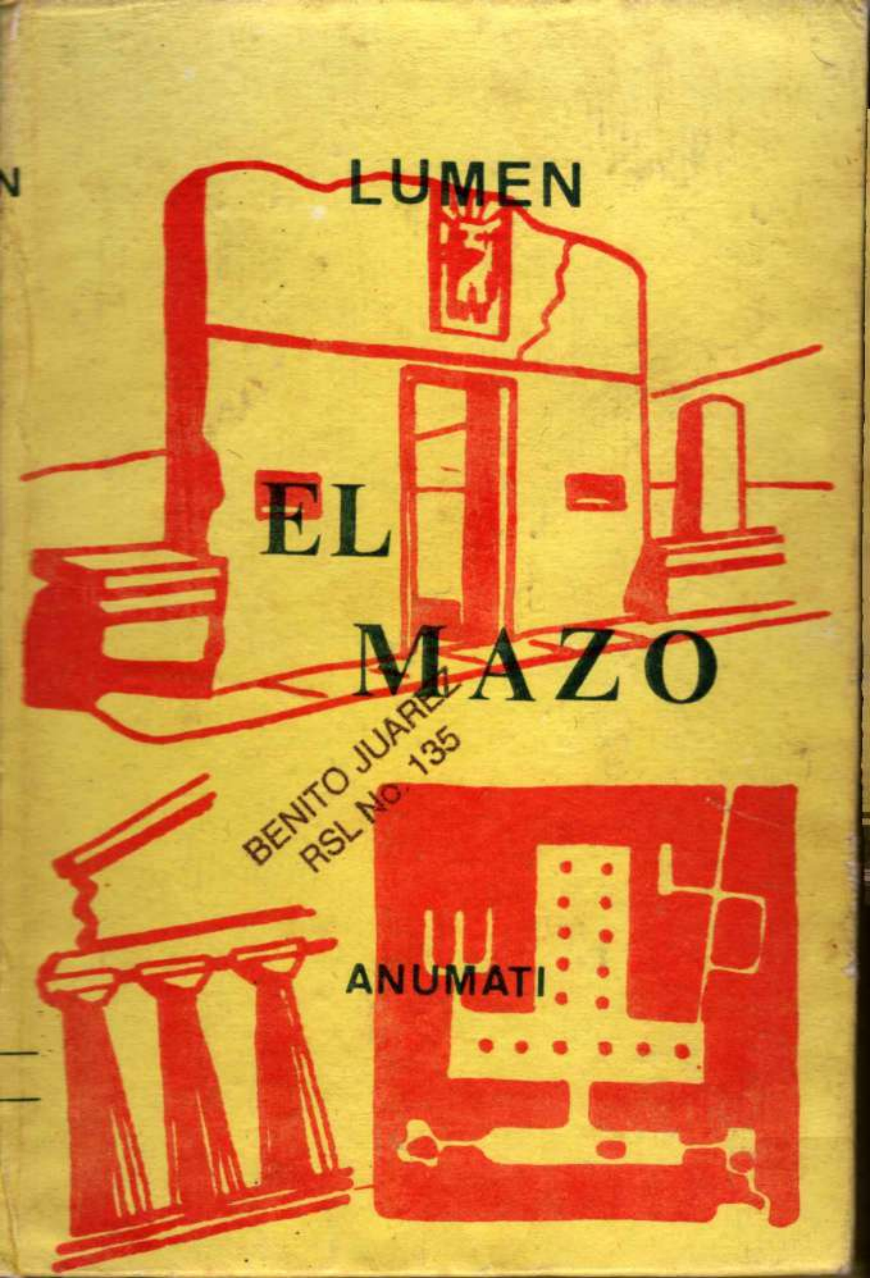

LUMEN
EL MAZO
ANUMATI

Avda. Eugenio Garzón 1675
Montevideo, URUGUAY
Las Heras 703 - Ituzaingó F.N.S.
Prov. de Buenos Aires, ARGENTINA

Queda hecho el depósito que manda la
Ley 11723.

Depósito legal 30.083/7

EL MAZO



EL MAZO

Emblemático de la voluntad puesta al servicio de la Obra, el Mazo resulta una herramienta imprescindible para la práctica de cualquier oficio.

Es vehículo de la Fuerza; mas no sólo de ella, porque el cantero pega sabiendo pegar, según la veta de su piedra y con la intensidad justa. ¡Ojalá tuviésemos su maestría! Todo no se reduce a eso, sin embargo; también se requiere el "eco" de la piedra - que, devolviendo el martillo hace menos cansadora la labor.

Hemos elegido el nombre de esta herramienta para presidir este volúmen en que recogemos varios trabajos que son otros tantos golpes de mazo, por más de una razón.

Los antiguos canteros usaron su mazo para quitar las superfluidades de sus piedras; y los Maestros de Obras la emplearon para asentarlas en su lugar. Y bien: nosotros la utilizamos en la primer acepción; corresponde la segunda al lector que será el encargado de situar los bloques aquí ofrecidos - previo mejor pulido - a su propio edificio, o de descartarlos si no los encuentra apropiados. Quede pues dicho que este volúmen no contiene sino "trabajos de Mazo", y como tales, apenas esbozados y necesitados de terminación.

También, el mazo es representativo de la reiterada insistencia. Un golpe no sirve sino para llamar a la atención; se requiere siempre más de uno para que "quede abierta la Locución". En ocasiones, se requiere también un ritmo diferente. Este volúmen también en ese sentido es simbólico del Mazo. Insistente y diverso; deseoso de llegar a

la profundidad necesaria. ¡Curiosa herramienta, sin duda es ésta, que siendo signo de Voluntad, emplea la inercia contra la Inercia!

Nuestro Mazo encarna lo que es lucha de todos: la que va contra la oscuridad, que es el gran enemigo. Y desde que hemos elegido como lugar de labor el plano del espíritu y el alma - que es donde aquella oscuridad fue siempre más tenebrosa - tanto más dura resulta la labor.

Dura y solitaria, porque es especialidad que atrae más curiosos que colegas, más filosombristas que filósofos. Mas, ¿por qué se va a abandonar este terreno a la superstición o a la teología, que es lo mismo? ¿No es éste terreno humano por excelencia? ¿Donde sino en ésta caverna se aloja éste asesino - éste error? ¿Dónde iríamos a combatirlo sino en su propio cubil?

Quisiésemos poseer una maestría que no tenemos en el manejo de nuestra herramienta. Sea el trabajo mismo lo que nos la otorgue. Mientras tanto, deseamos que esta labor resulte de utilidad para nuestro común Edificio.



I - PROPOSITOS Y FINES DE LA MASONERIA

Las Instituciones en general, se justifican por sus propósitos y fines. Son, en consecuencia, los propósitos y los fines de la Masonería, los que la justifican, definiendo el objeto de su existencia. Tal como yo los entiendo, necesito - para explicarlos - dividirlos en tres aspectos:

a) Los propósitos y fines político-sociales;
b) Los propósitos y fines filosóficos; y
c) Los fines y propósitos iniciáticos.

Los propósitos y fines político-sociales están definidos por nuestro lema de Libertad, Igualdad, y Fraternidad: ideales que, como la Fe, la Esperanza y la Caridad en la Masonería primitiva, constituyen la meta de nuestra lucha en el campo social, pretendiendo con ello construir, en la Tierra, un estado ideal de justicia, en el cual la sociedad humana alcance la perfección que la conduzca a la ansiada felicidad, y el hombre logre el poder consciente de llegar a ser el dueño y señor de su propio destino. Estos fines político-sociales, son el eslabón que une a la Masonería con el mundo profano; y aunque parezcan de poca importancia comparados con los otros, son en realidad el fundamento esencial de la Orden. Así como un hombre puede tener elevados pensamientos y nobles sentimientos sin beneficio alguno para la sociedad en que vive si no se traducen en obras nobles y elevadas, así los fines y propósitos iniciáticos y filosóficos de la Masonería sólo adquieren un real valor y logran toda su grandeza cuando se ponen al servicio de los fines

político-sociales. Por eso el masón debe tener presente que es su actuación en el mundo profano y en su vida de relación, los que establecen la medida exacta de sus valores masónicos.

Considerando estos fines político-sociales de la Masonería, se ha pretendido negarle a ésta la justificación de su vigencia en el mundo moderno, argumentando que hay instituciones internacionales que persiguen idénticos propósitos con mayores posibilidades de éxito. Descubrir la falacia de esta afirmación es muy simple: han sido los masones quienes provocaron la creación de dichas Instituciones, y son ellos los que mantienen el entusiasmo para que las mismas continúen sus luchas y logren penosamente sus conquistas. Si desapareciera la Masonería desaparecería la fuente de la cual emanan las fuerzas morales sostenedoras de esas Instituciones. Lamentablemente vivimos en un mundo en el cual la ignorancia, la mentira y la ambición son los señores dominantes de una sociedad esclavizada por los dogmas y las tiranías políticas y religiosas, y por la superstición y el fanatismo; en una sociedad de señores y plebeyos, ricos y pobres, negros y blancos, donde prediminan los bajos intereses que provocan el egoísmo y hasta el odio de unos para con los otros. Tenemos que convenir, entonces, mis Hermanos, la imprescindible necesidad de la vigencia de la Masonería en ésta nuestra sociedad moderna, en la que nuestros principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad son, en la actualidad, tan solo un ideal sostenido por muy pocos; pero un ideal maravilloso que el hombre deberá conquistar en la alborada de una civilización superior, de una

civilización que esté cimentada en los valores eternos del espíritu humano.

Si examinamos los antiguos principios de Fe, Esperanza y Caridad, podemos comprobar el riesgo que correrían los de Libertad, Igualdad y Fraternidad si los dejáramos al arbitrio del mundo profano sin la atenta vigilancia de la Masonería para que no pierdan su verdadero sentido. En efecto: aquellos antiguos principios que son fundamentales para dignificar al hombre, fueron tergiversados por las religiones reveladas y por ello abandonados por la Masonería para su lucha externa, pero mantenidos como símbolos vivos para su enseñanza interna. La Fe se convirtió en fe eclesiástica, pregonada por el clero; fe dogmática en lo desconocido, sólo concebible por la superstición y la ignorancia. La Esperanza, utilizada para crear en el hombre la utópica ilusión de poder recibir favores y grandezas de potencias ultraterrenas, ajenas a los propios valores del espíritu humano. Y la Caridad, envilecida, mercantilizada y disminuída hasta el relajamiento moral de confundirla con la degradante limosna.

Esto es lo que ha hecho el oscurantismo religioso con nuestros viejos principios; y ya ha comenzado su acción corruptora con nuestros principios modernos, arrogándose su paternidad.

Parecería necesario señalar aquí que el antagonismo existente entre la Masonería y la Iglesia pudiera considerarse también como uno de los propósitos político-sociales de nuestra Institución. Sin embargo, es sabido que no está entre los propósitos de la Masonería el ataque y la lu-

cha contra la religión. Lo que combaten los masones - y lo hacen como consecuencia de sus propósitos de crear un mundo mejor en el que el hombre alcance un estado de perfección intelectual y moral que haga posible el reino fraterno de la Libertad - es la superstición, la ignorancia, el fetichismo, la mentira, y en fin, todo eso que parece ser patrimonio del clero religioso, dogmático y farsante, que envilece las mentes infantiles de un vulgo temeroso al que exigen tributos y al que amenazan con las reacciones fatales de un Dios vengativo y perverso. Y digo lo que combaten los masones y no lo que combate la Masonería porque es necesario hacer una distinción substancial entre los unos y la otra. Hemos escuchado muchas veces dentro y fuera de nuestros Talleres al plantearse problemas de esta naturaleza, la siguiente pregunta: "¿Qué hace la Masonería?". O si no: "¿Por qué la Masonería no sale a la calle?" Yo me he sentido asombrado ante la ingenuidad de esas preguntas, porque no están formuladas por niños escolares, sino que la formulan hombres: hombres que han sido iniciados. Parecería que les cuesta comprender a nuestros Hermanos que la Masonería hace lo que todas las instituciones de enseñanza. La Masonería hace masones como la Facultad de Medicina hace médicos, o la de Arquitectura arquitectos. Que la Masonería está siempre en la calle, que nunca dejó de estar en la calle, y que el día que deje la calle su cometido fundamental se pierde. Así como la Facultad de Arquitectura hace arquitectos y está siempre en la calle por medio de esos arquitectos que edifican las construcciones materiales que embellecen las ciudades, así la Masonería hace masones cuyo

deber es realizar en la calle las obras no materiales que embellecen la vida espiritual de los pueblos. Si los masones no cumplen su cometido como lo cumplen los arquitectos, y dejan que el pueblo siga viviendo en las taperas y pocilgas de una pobreza moral e intelectual decepcionante, habrá fracasado la Masonería porque no supo hacer masones dignos; pero los verdaderos fracasados habremos sido nosotros los masones. Creo que es de fundamental importancia comprender esta responsabilidad: comprender que la Masonería triunfa o fracasa según sean nuestras acciones o nuestra conducta en el mundo profano. La Masonería no nos dice que pregonemos nuestra condición de masones ni el grado que poseemos ni el cargo que ocupamos; porque nada de eso nos da autoridad verdadera ante nadie. La Masonería nos dice que nuestra autoridad ante Hermanos y profanos, no la podemos medir por joyas ni mandiles que sólo son símbolos, sino que ella surge natural y verdaderamente de nuestras virtudes y de nuestros talentos.

Quiere decir que para cumplir sus fines la Masonería forma Masones. No pretende que éstos sean fanáticos ni locos ni santos; pretende que los masones sean hombres libres, ilustrados; hombres de un recto sentido de la moral y del deber, hombres que, por esa autoridad emanada de sus virtudes y talentos, sean guías, maestros, líderes, conductores de los pueblos hacia una civilización superior que dignifique nuestra raza y que haga realidad sus postulados. Pretende además que el masón sea un verdadero filósofo; y para
4 que sea un filósofo constructivo, pretende que sea un Iniciado.

Los propósitos y fines filosóficos están determinados por:

a) El ideal que sirve de fundamento a la Orden: la Fraternidad universal.

b) La búsqueda de la Verdad sobre la base de un gnosticismo puro.

c) La práctica de las virtudes.

El fundamento de la Fraternidad universal sin distinción de razas, creencias, sexos, castas o color de los seres humanos, está cimentado por un ideal superior de amor, de altruísmo, de tolerancia y de concordia, que son las bases esenciales para que el hombre alcance la felicidad sobre la Tierra. Se dice que la verdadera religión será aquella que logre que los hombres lleguen a amarse unos a los otros. Sin embargo, la filosofía del ideal masónico no se conforma solo con la fraternidad emocional, sino que pretende la fraternidad espiritual de los hombres, dado el vínculo que los une desde su orígen hasta su destino.

La investigación de la Verdad es, fuera de toda duda, el trabajo más elevado de la mente y el corazón humano. Para comenzar esta investigación de la Verdad, la Masonería infunde en el Aprendiz la duda filosófica y le hace comprender que el primer paso por el sendero de la investigación es el amor a la verdad por la verdad misma. Dicen nuestros maestros que la adhesión incondicional a la verdad es el culto por el cual están ligados los verdaderos masones. Trabajar constantemente por alcanzar la percepción clara y directa de la verdad, eliminando todo dogmatismo, todo prejuicio, toda vana ilusión y todo límite,

que obstaculice la libre investigación, es el trabajo filosófico esencial del obrero masón, sabiendo de antemano que la verdad absoluta está fuera de nuestro alcance; que no puede ser revelada por nadie, y que si alguien llegara a comprenderla sólo podría lograrlo por sí mismo y dentro de sí mismo. Sólo existen verdades relativas, cuyas luces nos señalan el derrotero espiritual que debemos seguir para alcanzar el Sol de la verdad. Y para andar por este derrotero espiritual sin desviaciones ni errores, la Masonería establece la base de un gnosticismo puro.

Los filósofos que formularon y enseñaron la Gnosis, surgieron como tales en los tres primeros siglos de la era cristiana, estableciendo la doctrina filosófica religiosa que se conoce con el nombre de "gnosticismo" y creando la palabra Gnosis - que literalmente se traduce como Conocimiento - para determinar el objeto de sus investigaciones. Este conocimiento es el conocimiento espiritual y sagrado que los indos denominaban Gupta-Vidya y que solo podía alcanzarse por medio de la Iniciación.

Parecería ser que desde los Magos de la más remota antigüedad, todos los sabios y todas las escuelas iniciáticas practicaron el gnosticismo puro, como lo hicieron también los cabalistas, lós herméticos, los alquimistas, los rosicrucianos, y las escuelas gnósticas que tuvieron orígen en la filosofía de Alejandría. De cualquier manera, el gnosticismo es el conocimiento logrado por la razón trascendente, es decir: logrado por la razón iluminada por la Sabiduría. Seguramente, al

estudiar nuestros rituales deberemos detenernos para profundizar este concepto del que no me atrevo a dar una definición concreta y terminante.

La práctica de las virtudes es vivir de acuerdo con la moral universal, elevando al propio ser hasta los más altos planos de perfección humana, ya que la virtud - en el más amplio sentido del vocablo - indica la potestad del hombre para obrar con integridad de ánimo y bondad de vida, creando en sí el hábito y la disposición del alma para actuar siempre por el recto sendero que lo dignifica.

Estos son, señalados a grandes rasgos los propósitos filosóficos de la Masonería tal como yo la entiendo. Pero debo expresar una vez más que si bien es cierto mi limitada comprensión los hace aparecer limitados en este trabajo, ellos no están limitados ni para mí ni para los otros hermanos, porque no existe ni puede existir límite para la investigación de la Verdad.

Veamos ahora los propósitos iniciáticos de la Masonería.

La palabra Iniciación significa comenzar a conocer los primeros fundamentos o principios de una ciencia. La Iniciación Masónica inicia al hombre en los conocimientos del Arte Real, y lo admite en los sagrados misterios enseñados por los hierofantes o sabios sacerdotes de los Templos de la antigüedad. El Arte Real es la ciencia regia de la sabiduría a la cual se llega por el triple sendero, a la vez intelectual, moral y em-

pírico, que permite al hombre el conocimiento integral de los misterios y secretos de la Naturaleza. Este conocimiento es también triple para el Iniciado: el de sí mismo, el de sus semejantes, y el de Dios. Es decir: es un conocimiento integral, síntesis de todo conocimiento, y no puede adquirirse separadamente porque el uno depende del otro y por el uno se conoce al otro y viceversa.

Los sagrados misterios están velados por las alegorías heliolíticas de nuestros ritos, y representan la verdad interna, oculta y espiritual del drama que se desarrolla en la conciencia o en la psiquis o en el alma humana cuando ésta es iluminada por la Sabiduría. El propósito de la Iniciación es que el neófito alcance la maestría, es decir: que llegue a ser maestro de sí mismo. Dice A. Besant: "Nadie puede alcanzar las sublimes "regiones donde moran los Maestros sin haber pa- "sado antes por la angosta puerta de la Inicia- "ción; la puerta que conduce a la vida perdurable. "Para que el hombre se halle en condiciones de "cruzar los umbrales de dicha puerta ha de haber "llegado a tan alto grado de evolución que para él "deje de tener el menor interés todo cuanto per- "tenece a la vida terrena, salvo el poder servir "con toda abnegación al maestro y ayudar a la "evolución de la humanidad aún a costa de los ma- "yores sacrificios personales."

Como véis, mis hermanos, para mí, el propósito iniciático de la Masonería es el de hacer de cada masón un hombre sabio; sabio en pensamientos, sabio en sentimientos, sabio en experiencias. Es decir: tres veces sabio, como Hermes. Eso no quiere decir que los masones alcancemos esa sa-

biduría ni con los años ni con los grados ni con las iniciaciones ceremoniales en las cuales seamos actores dentro de nuestros Templos. Eso quiere decir que la Masonería ofrece al masón las posibilidades de lograr la Sabiduría, pero lograrla por sí mismo, por su propio esfuerzo, sometiendo a su espíritu a una dinámica permanente que le obliga a producir en sí mismo el fuego sagrado que destruya, icinerando, los errores de cuyas cenizas surja - como en el mito del ave Fénix - una nueva conciencia perfeccionada y purificada por el Fuego.

En mi concepto, pues, la Iniciación va dirigida preferentemente al alma y al espíritu humano. A la psiquis y al 'nous', al inconsciente y al consciente. Dicho de otra manera: a dirigida a ese espíritu vivificador o alma animadora que aparece como eslabón que une el cuerpo individual al espíritu universal y que es, en sí mismo, el pensador, el intelecto, el ego o verdadero yo individual que puede permanecer estático para una vida vegetativa y sedentaria, o que puede desarrollarse por la evolución y el perfeccionamiento hasta alcanzar los planos superiores del hombre espiritual.

Y es en esos planos o estados de conciencia donde nos encontramos con los grandes misterios y secretos de la Naturaleza, que la Masonería no devela al masón descorriendo un cortinaje, pero que por la Iniciación, por los símbolos, por el ritual, por la práctica y por el estudio del Arte Real, puede el masón por sí mismo llegar a develar. Parecería ser éste el misterioso abismo que separa al hombre de Dios; por eso la Masonería

propone conocer al hombre conociendo a Dios, o conocer a Dios conociendo al Hombre.

Desde la más remota antigüedad parece haber sido éste el problema crucial de los grandes pensadores, de los grandes maestros, de los grandes filósofos: penetrar los laberínticos caminos que conducen a las secretas potencias constitutivas del ser, desentrañar los misterios de la vida y la muerte, descubrir el secreto del destino del hombre, conocer el pasado, saber el presente y preconcebir el futuro. Como ya he dicho ese conocimiento no es un conocimiento intelectual que pueda revelarse por libros, escritos o palabras, sino que además de intelectual es emocional y empírico, por lo cual es inefable. Para superar este obstáculo casi insalvable, los grandes iniciados nos han transmitido la revelación de la verdad por medio de símbolos, alegorías, leyendas o parábolas, que conservamos un poco alteradas en nuestros rituales de Iniciación, pero que mantenemos puras en el plano espiritual de sus interpretaciones sin dejarlas caer - como han hecho las religiones reveladas - hasta el fetichismo, al ponerlas en manos de un vulgo supersticioso e ignorante.

¿Qué es el alma? ¿Qué el espíritu? ¿Qué la Mente? ¿Qué el Ego? ¿Qué la conciencia? ¿Qué el inconsciente? Para todo ello hay en el conocimiento iniciático una contestación adecuada, una contestación simbólica que han comprendido pero que no han podido expresar mediante el idioma corriente ni los sabios de la antigüedad ni los sabios de ahora.

El año pasado uno de los Hermanos de mi Logia nos dio una conferencia sobre el libro "Psicología y Alquimia" de Jung. Hago esta referencia porque Jung es un iniciado en nuestros augustos Misterios y una verdadera autoridad científica. Sus libros nos ponen en contacto con un estudioso lleno de ansias por el conocimiento, en profundidad y lejanía, del pensamiento humano, de su génesis y desenvolvimiento, de la inmortalidad de sus conquistas, verdades o creencias. Con una cultura extraordinaria, histórica, mitológica, filosófica, religiosa y psicológica, es, este sobreviviente de los tres grandes iniciadores del psicoanálisis, una de las figuras de más prestigio de la actual psiquiatría. A pesar de haber sido inicialmente uno de los discípulos de Freud, su pensamiento está profundamente influenciado por Bergson. El mismo manifiesta que su concepto de la líbido es paralelo al del elán vital y dice que su método constructivo corresponde al método intuitivo de Bergson.

El libro de referencia da la impresión de ser un libro iniciático. Ya el psicoanálisis de por sí, o más bien la psicología profunda, tienen mucho de misterio. Ese ahondar en los pozos a veces sin fin del espíritu humano, no parando hasta la vida caótica, en la cueva oscura y húmeda del horno materno, y más allá, mucho más allá todavía hasta los confines remotísimos del hombre primitivo, es cosa de iniciados. Es, pues, evidente, que Jung, para esta investigación, ha recurrido a sus conocimientos de Iniciado, estudiando con la Masonería, todas las religiones en sus contenidos más profundos, y especialmente la filosofía

hermética de los antiguos alquimistas. Y seguramente fueron también sus conocimientos de iniciado los que le permitieron ver con la mayor claridad, las notorias diferencias que existían entre las concepciones de Freud y las de Adler. Para Freud, extravertido, era el porvenir hacia donde dirigía el neurótico su flecha; con sentido teológico pretendía explicar el por qué de los actos, pensamientos, inhibiciones, conversiones, fobias, compulsiones, etc. Para Adler, intravertido, interesaba el pasado, el por qué; y explicaba por el complejo de inferioridad, por la voluntad de poderío, la rebelión viril. Así Jung vio los dos tipos psicológicos: el extravertido dirigiendo sus vivencias hacia el exterior y el porvenir, y el introvertido haciéndolo hacia el interior y el pasado; y comprendió que con las opuestas concepciones de los dos maestros, cada uno encontraba la parte de la verdad que buscaba; así en un mismo paciente uno ve intención, objeto; y el otro razón y sujeto. Comprendió también que quien quisiera conocer la verdad debía seguir los dos caminos simultaneamente, es decir: unir los opuestos.

Como no es mi propósito hablar de psicoanálisis, sino de masonería, hago notar simplemente a mis Hermanos, la semejanza de las investigaciones realizadas por unos y por otros. Claro que la Masonería no se detiene en el conocimiento del inconsciente o del subconsciente como lo haría el psicoanalista, porque el propósito de la Masonería - como el de la Alquimia - es el de transmutar. La Masonería pretende transmutar en consciente el subconsciente, hacer del plomo de la

ignorancia, oro de la sabiduría; lograr el elixir de larga vida, alcanzar el cubo de la perfección o piedra filosofal. Esa es la obra magna del Arte Real: unir los opuestos sin confundirlos; es decir: conciliar los antagonismos por el ternario, concebir la quintaesencia por el conocimiento de los cuatro elementos, y aplicar la ley del septenario al dominio de la realización.

En fin, mis Hermanos: liberar el espíritu de cualquier tiranía, formar pensadores sabios que se eleven por encima del común de la gente, encontrar la palabra perdida que nos descubra la verdad, unir el cielo y la tierra, en esta pobre y maravillosa mezcla de espíritu y materia que es el hombre, es la finalidad iniciática de la Masonería; y es el trabajo en que estamos empeñados desde siglos atrás.

J.D.



LOS FILOSOFOS DE LA ALQUIMIA[1]

Todo estudio es apasionante; y parece estar en la médula misma del hombre, el disponer todas sus facultades para lo que se presenta como su labor específica: la de hacer luz en lo oscuro, la de convertir su ignorancia en Ciencia. Quizá sea esa la transformación alquímica por excelencia; la que es capaz de producir el oro del saber a partir del plomo de la ignorancia.

Sí; todo estudio es apasionante.

Pero hay uno que lo es de una manera sobresaliente: el del hombre - esa paradojal criatura que somos, hecha de una sombra que está siempre ávida de luz, rara mezcla de credulidad y agudeza, de profundidad y altura.

Quizá el estudio de lo humano toma su particular encanto en el hecho de que no todo lo ignoto se encuentra hacia el lado de la extraversión, y en que hay un inmenso campo inexplorado que se tiende hacia lo interior.

El hombre quiere saber.

Necesita saber.

Pero sobre todo, se encuentra precisado de conocer los íntimos resortes de su comportamiento.

Porque si no sabemos dónde están los hilos que nos mueven, entonces podemos ser fáciles presas de aquello instintivo. O de aquellos de afuera que lo conocen.

Ciertamente la elección entre ser títere o titiritero, entre ser jugador o pieza en el tablero de la vida, tiene una sola respuesta.

Es desde este ángulo - el humano - que mantiene

1) Charla ofrecida en la ciudad de Córdoba el 17 de noviembre de 1973.



su vigencia el estudio de la filosofía de los alquimistas.

Y es desde ese ángulo que lo atacaremos.

En ese tren de ideas cabe preguntarse qué fue lo que arrastró a las mentes europeas más brillantes a la empresa alquímica durante el largo período que va de la caída del Imperio Romano hasta muy entrado el siglo XVII.

¿Ambición, como creen algunos?

Decididamente NO. Lejos de enriquecerse, los alquimistas indoctos que intentaron la fabricación de oro, se empobrecieron. En ese aspecto, la historia de la Alquimia es una larga lista de fracasos. Además, ¿es razonable suponer que pudo la ambición engañar durante tanto tiempo y sin ninguna recompensa material a tantos brillantes cultores como tuvo?

Los verdaderos alquimistas no se engañaron.

"Nuestro oro no es el vulgar", enseñaba Alberto el Grande. Por lo demás la fortuna metálica no tiene atractivo más que para los muy chatos - y queremos creer que aún éstos están movidos por otros estímulos más nobles y hondos. Que el conquistador y el colonizador - y su versión reducida, el inmigrante - se mueven por razones históricas para ellos desconocidas, y que en su caso, la ambición no desempeña otro rol que el secundario de justificar la locura ante la razón.

Pero los alquimistas no eran conquistadores; eran hombres de ciencia. Y con éstos, lo que juega no es la ambición sino la atracción del Misterio, de lo Desconocido.

Hay una poesía en la búsqueda científica - poesía que los alquimistas supieron captar y explotar

como nadie, haciendo de la suya una ciencia del Misterio. Una que no se puede comprender ni practicar aparte del contexto de enigmas, aforismos, paradojas y figuras tan sugestivas como tenebrosamente atractivas que son su 'materia' y vehículo.

En una ocasión decíamos que el simbolista - el que posee el vocabulario del lenguaje del alma - no se llama a engaños respecto a lo que está detrás de todas estas búsquedas y empresas. Y no se engaña porque sabe que "el Misterio" y términos parecidos, son tecnicismos que se refieren al mundo del alma - y en consecuencia no ignora que en su atracción por lo desconocido, lo tenebroso, lo peligroso, lo prohibido, etc., el hombre se busca a sí mismo aunque suponga persigue logros diferentes.

Los alquimistas fueron hombres de ciencia - pero tenían de ésta un enfoque muy diferente al nuestro. En primer lugar, su ciencia no apuntaba únicamente a la investigación de la materia exterior, sino que se hundía en la del alma.

Los alquimistas eran químicos sin duda - y en ese terreno hicieron notables aportes al conocimiento de la Materia. Pero por poco versado que se esté en el lenguaje simbólico, quien lea los escritos que dejaron, advertirá que también se ocuparon del hombre - como individuo y como conjunto. Y no de una manera paralela, sino como parte - quizá principal - de su ciencia. O mejor, de su arte, como ellos gustaban llamarla. Del arte de las Transformaciones.

La nuestra es una era de parcializaciones, de especializaciones. Pero en los tiempos de los alquimistas, todo saber era total. Para el Alqui-

mista, el mundo entero era un hecho químico, una vivencia química. Los minerales, vegetales y animales, eran cuerpos químicos; y el hombre, el Compuesto de los compuestos. En consecuencia, podía ser tratado - beneficiado - como tal.

Este era el enfoque.

Pero la Alquimia no era Química propiamente dicha.

Los alquimistas no trazan una separación neta entre el sujeto y el objeto, entre el mundo interior y el exterior. Las pasiones del ánimo son venenos - morbos - que se contagian; las virtudes del alma son medicinas - fermentos - que se proyectan. Y tanto en el contagio como en la proyección hay lo que ellos llamaron "multiplicación de la materia original".

Por supuesto que el manejo de estos morbos y medicinas y la provocación y control de sus reacciones sobre el sujeto o la masa, no es Química tal como hoy se entiende, sino más bien una psicología operativa.

Además, y en relación con el hombre, la alquimia no investiga la composición de su cuerpo como tal, sino más bien la del alma - cuya espiritual substancia debe ser levantada, por así decirlo, de su ataud de carne y llevada a su áurea perfección, a su gloriosa libertad, a su luminosa realización. Tampoco eso es química, sino más bien religión.

Por último, mientras la Química es puramente empírica, la Alquimia es básicamente filosófica. En sus operaciones, el adepto marcha conociendo de antemano su objetivo y las etapas de la obra. Su trabajo no es tanto encontrar la verdad en la Materia, sino interpretar correctamente el escrito



que lo guía. ¿Quién llamaría Ciencia a una tal pragmática?

Se dice que la Alquimia era una ciencia "secreta" que sus cultores pretendían ocultar por todos los medios. Pero esta idea contrasta chocantemente con la abundante documentación dejada por todos los adeptos - en la que no se oculta el deseo de difusión que los inflamaba. Es que, como decíamos recién, la Alquimia no es tanto un saber secreto como una ciencia DEL 'secreto', un arte DEL 'Misterio', una gimnasia del alma - y de ahí las fórmulas enigmáticas y la oscura jerga en que se la transmite. No se puede mostrar la oscuridad si se enciende la luz - y de ahí la necesidad del acertijo. En éste, lo que vale no es la solución sino el misterio; y lo que suelta la luz del entendimiento (que es lo que se busca) es el esfuerzo por penetrarlo. Hay, en el empleo del enigma como fórmula didáctica, una finalidad gimnástica que no se puede pasar por alto. Decía al respecto Enricus Madathanas: "Si ellos (los adeptos) hubieran des-
"cripto su materia de una manera claramente inteli-
"gible poniéndola al alcance de cualquiera, ello
"hubiera constituído un robo, no la revelación de
"un Misterio".

Pero la necesidad de ser enigmático no impidió a los alquimistas señalar con toda claridad la índole de su "Materia prima". Así Norton dice: "No-
"bles autores y hombres de gran fama, llamaron
"Microcosmos a nuestra piedra porque sin duda es-
"tá compuesta como este mundo que hollamos: de ca-
"lor y de frío, de humedad y sequedad, de dureza
"y blandura, de liviandad y pesadez, de rugosidad

"y suavidad, de cosas estables mezcladas con otras "móviles y flotantes; de todos los opuestos acer- "tadamente combinados por el orden de Dios." Y Ripley: "En los libros de los filósofos quien así "lo desee, podrá ver que nuestra Piedra es el Mun- "do menor" - o sea: el Microcosmos, el Hombre.

Lo que más simpático nos resulta en los alquimistas, es que aunque fueron exquisitos místicos, en ningún momento se apartaron del mundo, sino al contrario. Y cuanto más leemos sus escritos, tanto más claro aparece que la materia de su arte es el Hombre, y que el objetivo perseguido es la transformación - la elevación - de la vida humana. Una transformación que se mide en términos de libertad y luminosidad de conciencia; y en capacidad realizadora. Y que no se limita al hombre como individuo, sino que en lo que los adeptos llamaron su 'Gran Obra' se extiende a todo el género humano.

La Alquimia es un cultivo del hombre.
Una ciencia de su Misterio.
La Materia alquímica es el hombre; y la herramienta y el procedimiento, es la agitación por el símbolo, la confrontación por el enigma, y la necesidad de resolverla.

El proceso se cumple en dos etapas.
Primero la "Obra Menor"; luego, la "Mayor".
Primero, la preparación de la Tintura, la Medicina, el polvo de proyección - que luego se multiplicará al ser vertido sobre el mundo en la "Obra Mayor".

Primero, la producción del fermento: la 'levadura'; y luego la crisopeya masiva, que es el soñado ideal. "Si tuviésemos suficiente polvo de proyección, - dice Artephius - podríamos teñir de oro el mundo entero".

Quizá por eso - porque los alquimistas nunca tuvieron polvo de proyección suficiente para cumplir acabadamente su Gran Obra, es que insisten en que la cosa comienza en una búsqueda: la de la materia prima de la Obra, la del hombre - LOS hombres aptos para ser convertidos en tintura - en fermento. "Nuestra Materia está en todas partes y en ninguna", dicen; y agregan: "es necesario buscarla con sagacidad".

De manera que el Hombre, sí; mas no cualquier hombre.

Por lo menos, no para empezar.

Porque como decía aquel chusco: "Todos los hombres somos iguales, pero hay algunos que son más iguales que otros."

Y no TODO el hombre. Por lo menos, NO sus superfluidades terrosas, sino su esencia. Su esencia rectificada.

Los nombres que los Alquimistas dieron a su Materia Prima son altamente ilustrativos.

Por ejemplo, la llamaron Lapide Philosophorum.

Piedra Filosofal, decimos nosotros; pero ellos, los adeptos, nunca dijeron Petra, sino LAPIDE. Y una lápida es una piedra especial. Una que sirve para grabar un epitafio o una inscripción que se desea hacer perdurable.

Es precísamente esa inscripción - ese epitafio - lo que da a la losa su carácter de lápida.

En una ocasión señalábamos que la voz Lápida



viene del sánscrito LAP - que significa hablar. En el mismo idioma, lipi quiere decir Escritura, alfabeto, grabador, grabar, etc. - y de ahí la denominación de lipika que el mito puránico aplica a los escribas encargados de registrar las acciones de los hombres.

En su acepción restringida, la Lápide de los filósofos - la losa blanca sobre la que se grabará el epitafio - es el discípulo o acólito en el que el adepto ha de dejar grabado su testamento viviente; y es también el buril - el Maestro - y su enseñanza. En una acepción aún menos lata, la "lapide philosophorum" que es necesario buscar como base de la Obra, es la fórmula o escrito alquímico que ha de guiar el proceso.

Al respecto, podemos citar a Van Helmont. Dice:
"Una vez me dieron la cuarta parte de un grano
" envuelto en un papel. Lo proyecté sobre ocho on-
" zas de azogue calentado en un crisol, y de golpe
" toda la materia dejó de ser fluída y se solidi-
" ficó, volviéndose algo así como un terrón ama-
" rillo."

En el lenguaje del símbolo, el grano original que venía 'envuelto en un papel' alude a algún escrito alquímico. El azogue - el Mercurio - sobre el que se proyectó la fórmula, es la mente del operador; y el crisol - el crisol de ceniza - es su cráneo. La 'materia fluída' es el pensamiento cuyo fluir cesa de golpe al iluminarse la mente con la comprensión del significado.

En la cita, aparece otro de los nombres de nuestra Materia: Azogue o Mercurio - cuerpo cuyas propiedades físicas lo convierten en un excelente símbolo de la materia mental.

En efecto, como líquido, no tiene forma propia, pudiendo adoptarlas todas; se divide y reúne sus partículas con la velocidad del pensamiento; es el digestor y solvente de todos los metales; y sobre todo, es el material con el que se confeccionan los espejos - esos extraños instrumentos que nos abren las puertas de los ámbitos donde existen las formas independizadas de toda dimensión y substancia. No se olvide que la separación artificial de la forma y la materia - la abstracción - y la ulterior digestión de la primera, es una operación imprescindible para toda transmutación. Y esa separación es una función mercurial - mental - porque la Mente es el Gran Digestor.

Experimentalmente hablando, la operación alquímica de transmutación procede por polarización o radicalización de la masa, y por la crisis del conflicto que resulta de tal polarización. No importa cual sea la índole de la masa o materia sobre la que se opera: individuo o colectividad - el proceso de transformación sigue el mismo esquema, y el Mercurio es el agente y el medio.

Hay una analogía más entre el comportamiento del mercurio metálico y los procesos de mutación humana.

El envenenamiento por mercurio se caracteriza por fuertes temblores. 'Tiembla como un azogado'. se dice; y ese temblor es representativo del que acompaña las crisis de transformación - sean sociales, o anímicas: emocionales, sicológicas o místicas.

Para que no quedara duda de que el Mercurio es, entre los alquimistas, emblemático de la substan-

cia intelectual, ahí está el nombre que le dieron. Porque nosotros decimos Azogue, pero ellos dijeron Azoth - y esa es una voz que está acuñada con la primera y última letra de los alfabetos latino, griego y hebreo: A, alfa, zeta, omega y tav - y aún el menos práctico en el lenguaje simbólico podrá ver sin dificultades la relación entre el nombre Azoth y el Alfabeto, que es la substancia en la que el Mercurio - la mente, el pensamiento - desciende hasta el nivel sensorial.

De aquí en adelante, las descripciones que los alquimistas hacen de su Piedra, ya no nos resultarán oscuras sino maneras literarias de decir. Veamos algunas.

El Manual Cosmopolita comenta: "Ella está a la "vista de todos y nadie puede vivir sin ella; "todos la poseen; todos se sirven de ella, pero "pasa desapercibida." Morienus, en sus diálogos con el rey Khalid dice: "Oh Rey, te descubriré "la verdad. En su juego creador, Dios te ha do-"tado de esa cosa tan maravillosa; y dondequiera "estés, ella te acompañará; no puedes separarte "de ella... ¿Buscas la Mina de nuestra Piedra? "Pues... tú eres esa Mina, porque ella se encuen-"tra en tí pronta a descubrirte la Verdad; sólo "de tí depende el tomarla y recibirla. Quien bus-"que otra piedra para su obra se engañará."

En otro lugar, leemos: "Nada hay más común en "el mundo que esa cosa misteriosa. Ella está por "igual en la casa del rico que en la del pobre, "con el que viaja como con el que permanece; y si "uno la nombrara por su verdadero nombre, los ig-"norantes exclamarían: ¡Mentira!, al tiempo que

"los prudentes quedarían perplejos. Esa lápida "habla, y no la oís. ¡Oh asombro, cuánta sordera!"

Con lo dicho se hace claro el significado del conocido verso latino 'Lucerna Salis':

"Una cosa hay en el mundo, que se encuentra en "todas partes.

"Que no es Tierra, ni Fuego, ni Aire, ni Agua - "pero que no carece de estos elementos.

"Que tampoco puede ser convertida en Fuego, Agua, "Aire o Tierra - y sin embargo contiene su natu "raleza.

"Es capaz de enrojecer y de blanquear; es calien- "te y es fría; húmeda y seca; y puede diversifi- "carse de mil maneras.

"Solamente los sabios la conocen, y la llaman "su Sal.

"Al oir que ellos la extraen de su Tierra, mu- "chos se han arruinado, porque la tierra ordinaria "nada tiene que ver con esto. Ni tampoco la sal "común sino más bien la sal del mundo.

"De ella se hace aquella Medicina..."

Las citas podrían prolongarse sin término; pero no agregaríamos nada a lo que creemos está ya suficientemente fundamentado: que en relación con la aurificación del Hombre, el Mercurio alquímico (el digestor, el agente transformador) es la Mente - como por lo demás, a la vista está. ¿Qué hay hecho o deshecho que no lo haya sido primero en la mente y por el pensamiento?

Pero así como el Mercurio tal como lo produce la Naturaleza es una gleba inútil, así también la mente inculta.

En ese sentido - en la preparación de la Mente como agente digestor - los alquimistas trazan un paralelo entre el procedimiento para beneficiar el Mercurio y el de la preparación de la Piedra, o sea: la Mente - cuyo cultivo no limitan a un llenado y clasificación de información, como es el caso de lo que de ordinario llamamos Cultura, sino que cala más hondo y abarca fórmulas productoras de estados "místicos" (extáticos) de conciencia - de cuya provocación a voluntad hace una técnica.

"La Materia de los Filósofos, - dice Alberto el "Grande, - es un agua viscosa como el mercurio "que se extrae de la tierra. La Naturaleza obra "sobre esa materia quitándole su principio terro- "so y añadiéndole el azufre de los filósofos - "que no es el azufre del vulgo sino uno invisible, "tintura de rojo. Para decir verdad, es el espí- "ritu del vitriolo romano."

En los tiempos en que Alberto escribía, se creía que el cinabrio (sulfuro de mercurio) se descomponía espontáneamente en el seno de la Tierra; y también que el mercurio así naciente, combinándose con otros azufres, producía a su vez los demás metales - incluso el oro y la plata.

Aunque esta teoría ya no sea aceptable para la Química, no deja de ser verdad que la Cultura - especialmente la que, como entre los alquimistas, va más allá de lo puramente cortical - obra sobre el sujeto depurándolo de sus terrosidades y ordinarieces. Y sigue siendo verdad que cuando un 'Mercurio' así refinado se combina con algún ideal superior - una Tintura de Rojo - se convierte en



Visita
Interiora
Terrae
Rectificando
Invenies
Occultum
Lapidem

una materia alquímica transformadora y perfeccionante.

Alberto se esfuerza en ser preciso: "Para de-"cir verdad, es el espíritu del Vitriolo Romano", dice; y cualquiera que esté un poco informado respecto a la jerga de los adeptos, sabe que Vitriol es sigla de 'Visita Interiora Terræ, et Rectificando Invenies Occultum Lapidem.'

La visita al interior de la Tierra constituye, por supuesto, una invitación a la introspección. Pero además de la visita al Hades, la frase alude al descenso a la cripta iniciática, a la toma de contacto con la tradición secreta que es la 'tintura Roja' por excelencia. Alberto, que era cristiano, asimila ésta con su propio esquema religioso. Por eso dice 'vitriolo Romano' como podía haber dicho 'los Misterios de la Fe'.

En el mito de la resurrección de Osiris se dice lo mismo con otras palabras: No hay revivificación si no se reúnen los dispersos restos del Dios asesinado. Pero esa búsqueda y esa recomposición no es labor de cualquier Pérez, sino tarea de Isis (la Tradición Secreta), de Toth (el Maestro de Artes y ciencias), de Anubis (el sacerdote embalsamador, conocedor de las cosas del mundo del alma) y de Horo (el iniciado-hijo, el propio esfuerzo del Candidato). Si no se conjugan esos cuatro ingredientes no hay verdadera transformación del sujeto.

Basilio Valentín ('Doce Claves de la Filosofía') ilustra la índole de este V.I.T.R.I.O.L. (véase grabado en la página anterior).

En esta lámina aparecen dos series de símbolos: una en la parte superior, dispuesta en círculo alrededor de un cáliz; otra en la parte inferior,

dispuesta en cuadrado con el emblema de la Tierra por centro. La unión entre una y otra esfera - la celeste y la terrena, el mundo de arriba y el de abajo - está dada por el 'círculo del Mercurio', que es el punto alrededor del que gira la Gran Obra de Transformación.

La serie de la parte superior alude a las etapas de la Obra. Es lo que sucede en la superficie, lo visible, lo exotérico. La serie de la parte inferior alude a lo que ocurre subcorticalmente; lo invisible, lo 'esotérico'. Representa lo que podríamos llamar 'la Fraternidad de los Adeptos', que extiende su corporalidad (todo cuadrado significa 'cuerpo') en forma de Cadena - que, por descontado, no debe entenderse como ligadura de esclavitud sino como lazo de amistad.

Los ángulos de éste Cuadrado están marcados: arriba, por el 'círculo del Mercurio' - el de los 'Filósofos', los teóricos del formidable proceso de mutación - que son los que establecen el nexo entre el mundo de arriba y las estructuras ideales subterráneas que circundan la Tierra con su áurea, emblemática Cadena. Estructuras que están representadas en los demás ángulos del Cuadrado, por el 'León que tiende su garra', el 'águila bicéfala', y la 'Estrella de la Mañana'.

'León' es emblema del Sol - de Luz; pero tendiendo su garra representa una de las formas de esa Hermandad de Obreros que, según se dice, está ocupada desde tiempo inmemorial en promover la civilización ciudadana. El águila bicéfala que Valentín coloca como opuesta y complementaria a la 'garra del León', es un emblema demasiado conocido para que sea necesario explicarlo en detalle. Aguila es emblemática del alto vuelo del pensa-

miento filosófico - y bicéfala, alude a las tradiciones de Oriente y Occidente. Los Iniciados Filosóficos de Oriente y Occidente complementan la labor de los Consctuctores de 'la garra del león'.

En cuanto a la Estrella de la Mañana aparece en una relación complementaria similar en relación con el Círculo del Mercurio.

Esta estrella es Venus, el 'lucero del alba' que anuncia la aparición del nuevo Sol. A uno y otro lado, aparecen dos círculos que contienen: uno, siete piedrecitas blancas - siete 'alba lapidem' emblemáticas de los cónclaves herméticos - y otro, con dos anillos representativos de las bodas alquímicas entre el adepto y su 'Madre' la Tradición Secreta.

Es a impulso de todo ello que cada vez más visiblemente va adelantando el proceso de la Gran Mutación.

La lámina de la página siguiente, que pertenece al Viridarium Chimicum (obra del siglo XVII), describe esa Gran Obra en sus diversos aspectos.

El 'Blanco' que se ve al fondo y al centro, representa la Meta. C.G.Jung, que comenta esta lámina, señala que ese significado está asegurado por la llave que lo corona. Sin embargo, se trata de un falso blanco, porque los arqueros están de espaldas a la Realidad, y el lugar donde han colocado el Blanco y lo que creen es la Clave no es sino un cementerio estéril.

Así se comportan muchos.

Uno de los arqueros está sentado sobre un cubo - tradicional emblema de la Tierra - la Materia. Quizá sea un 'hombre de ciencia'. Es el que da en el blanco, aunque sea falso; las flechas de su compañero ni siquiera arriman.



El segundo tirador está colocado sobre un cilindro - representativo según se puede deducir, de lo 'espiritual ma non tropo', ya que en el cilindro, lo redondo - el emblema de lo infinito - va en un solo sentido. Es un cilindro, no una esfera. Este tirador al falso blanco, quizá sea un 'teósofo'.

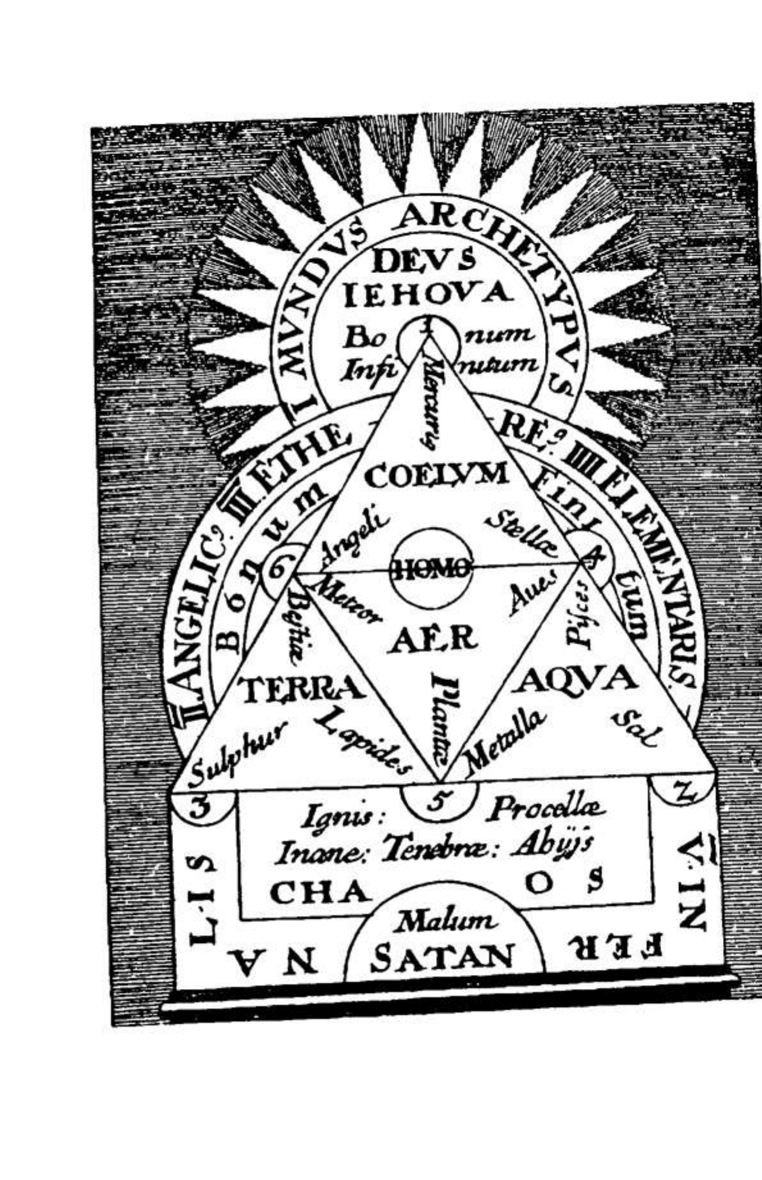
Pero la escena verdadera se desenvuelve a espaldas de ambos.

Allí, el cementerio ya no es un erial sino un campo de labor. Hay un ángel con un cetro y una trompeta que llama al despertar. Un cadáver reposa su cabeza sobre un haz de trigo al que se le han sacado las espigas, y los granos de su cosecha son sembrados por un labrador. Es que en estas materias, como en tantas otras, se siembra lo que otro segó.

A espaldas del sembrador, los pájaros (los pensamientos, las almas de los hombres) se alimentan de la semilla; pero no la comen toda, y alguna fructifica. Por eso vemos, en el centro de la lámina, una tumba abierta de la que surge una gran cosecha de trigo y un resuscitado.

Ciertamente, la 'obra de Resurrección' se cumple a espaldas de muchos arqueros que apuntan hacia falsos blancos. Y lo sepamos o no, todos intervenimos en ella. La cuestión está en saber qué representamos: si tiradores a equivocados blancos, si pájaros que creen que el sembrador volea la simiente con el solo propósito de alimentar sus buches, o si sembradores - únicos que en realidad están en la cosa.

Y si lo último, conviene saber qué clase de semilla sembramos; si de ciencia o de ignorancia, si de libertad o de esclavitud. Porque según la siembra será la cosecha.


I MVNDVS ARCHETYPVS
DEVS
IEHOVA
Bo num
Infi nitum
Mercurius
II ANGELIC. III ETHE. RE. III ELEMENTARIS.
Bonum
Finitum
COELVM
Angeli
Stellæ
6
4
HOMO
Meteor
Aues
Bestiæ
Pisces
AER
TERRA
AQVA
Plantæ
Sulphur
Lapides
Metalla
Sal
3
5
2
Ignis:
Procellæ
Inane: Tenebræ: Abyßs
CHA OS
Malum
SATAN
V. INFERNALIS

A partir de enero de 1922, Osvaldo Wirth publicó en su revista 'Le Symbolisme' una serie de artículos sobre la iniciación masónica, en los que procuraba disipar la serie de falsas ideas que el vulgo acaricia respecto a las ciencias del alma. En una introducción a los mismos, decía el H.·. Wirth:

"En todo tiempo hemos visto falsos profetas perorar en tono doctoral y con absoluta buena fe sobre lo que pensaban saber. Antiguamente les inspiraba la Religión. Y en su creencia de poseer la Verdad gracias a una imaginaria revelación, venían a revelarnos lo que debíamos creer, dándonos precisiones respecto a la divinidad, a los ángeles y a los demonios. En nuestros tiempos esta misma clase de individuos acostumbran dárselas de Iniciados instruídos en los supremos misterios que permanecen velados a la penetración de la generalidad de los hombres. La Iniciación da de tal suerte pretexto a ciertas enseñanzas equívocas pero no siempre inofensivas, especialmente cuando la investigación de conocimientos anormales conduce al desequilibrio de los individuos.

"En presencia de tan gran número de malsanas lucubraciones que preconizan el desarrollo de un estado alucinatorio considerado equivocadamente como conquista de un privilegio iniciático, no estará de más formular los principios de la sana y verdadera iniciación tradicional."

Sin duda que 'lo profundo' (el Misterio, lo esotérico) ha ejercido siempre una extraña fascinación sobre el hombre. Poca o mucha, según

los temperamentos. O, si miramos bien, siempre mucha, aunque no se acierte a veces a discernir el ángulo del que nos viene la inquietud y supongamos que es desde afuera cuando en realidad es desde adentro. Porque como dijimos más de una vez, lo que busca el investigador científico en la Materia no es otra cosa que 'el Misterio'; y lo mismo hace el explorador o el arqueólogo.

La verdad es que no se equivocan del todo, porque HAY un 'espacio ignoto' afuera como lo hay adentro; y su investigación es lo que hace progresar las ciencias. Pero el escozor viene, en realidad, de adentro.

'Lo exterior desconocido' es complejo; y nos equivocaremos si suponemos que únicamente comprende lo material; también es 'exterior' lo abstracto que investigan los matemáticos, legisladores y pensadores; y lo es la subjetividad cuyos caminos recorren los poetas, pintores, músicos y otros artistas que subliman los sentidos corporales hasta la exquisitez. Exterior es, asimismo, el campo de los sicólogos, educadores y gimnastas.

Lo que podemos llamar 'interior desconocido' es otra cosa - y no menos compleja; y queda más allá de la sola subjetividad emocional, estética, sensorial, intelectual o instintiva. Lo verdaderamente interior consiste en aquel 'en sí' cuyos en-símismados son conocidos por el nombre genérico de místicos - y entre los cuales hay tanta variedad como entre los científicos y buceadores de lo abstracto.

Dos, pues, parecen ser las direcciones que se abren ante los hombres que sienten el atractivo

de 'el Misterio'; y hay una tercera que no es en realidad una dirección diferente, sino la conjunción de aquellas. Unos todo lo convierten en 'objeto' antes de investigarlo; otros profundizan el Sujeto mismo, independizado de todo objeto y ambos se equivocan porque no hay ni pueden haber Sujetos sin objetos, ni viceversa; y la realidad de uno y otro es el Principio de Conciencia del que ambos proceden, y que no puede ser 'conocida' sino de una manera existencial y como vivencia. Se equivoca el que busca únicamente 'afuera'; también el que sólo busca 'adentro'.

Aquí acuden a la mente los versos del Isopanishad: "A ciega oscuridad se encaminan quienes si-
"guen a Avidya; a una oscuridad aún mayor quie-
"nes se apegan a Vidya. Diferente es por Vidya,
"diferente por Avidya. Quien los conoce juntos,
"por Vidya vence la muerte, y por Avidya gusta la
"inmortalidad. Así hemos oído de los hombres de
"paz que nos lo han enseñado."

Si la Materia es 'oscura', no lo es menos el Espíritu. Solamente hay Luz cuando uno y otro término de la vivencia existencial se conjugan - en la Obra de Creación o en su Goce - que es lo mismo. Lo que la Iniciación procura lograr es ésta fecunda conjunción del Espíritu y la Materia.

Por supuesto que 'la Misteriosa Profundidad' (llámesela como se quiera; llámela Dios quien lo desee) inquieta a todos. No solamente a los místicos - y encajaría aquí perfectamente una paráfrasis del 'de poetas y de locos todos tenemos un poco' - y como ese 'poco' a menudo no es suficiente para obligarnos a autocalmar el escozor de una manera real y directa, el picoso intenta

rascarse de segunda mano... pero jamás acierta con la adecuada, porque aparte de que por cada Tagore hay mil Menecuchos, la incultura (y de eso se trata cuando hay 'escozor-pero-poquito') prefiere a los segundos.

En las cuestiones de 'lo Oculto' no siempre se ha sabido distinguir histeria de mística, ni anormalidad de progreso evolutivo. Y cuanto más ordinaria la expresión, mayor es el número de corifeos y empingorotados histriones que repiten en tono magistral lo que en su paranormalidad creyeron saber 'los mensajeros originales'. Así fue como la 'ciencia del Misterio' vino a convertirse en excelente pretexto para la acuñación y circulación de falsa moneda. Una que en ningún caso, es inofensiva, sino malsana en todos sus usos y presentaciones - y de ahí que sea necesario, como quería Wirth, que alguien puntualice los principios en que se fundamenta 'la sana y verdadera iniciación'.

De ninguna manera la seudociencia de 'lo oculto' es maligna únicamente cuando la fantasía y el error inspiran austeridades y gimnasias aptas para provocar esos estados patológicos que algunos tienen por conquistas. También lo es cuando se limita al solo pensamiento, ya que al convertir en conceptos (generalmente fantásticos) lo que no puede ser sino experiencia del alma, frustra la inquietud aplacándola con explicaciones 'teosóficas' o 'astrológicas' o con creencias dogmáticas - al tiempo que aprisiona los entendimientos de los que caen en ello confinándolos en sendos divertículos conceptuales o analógicos donde los cuitados creen sinceramente estar conociendo 'lo esotérico' cuando en realidad están paseando sus

ocios por frondosos y falsos paraísos artificiales.
También es maligna esta seudociencia al fomentar la ridícula sensación de 'superioridad' de que hacen gala sus adictos respecto a quienes no están iniciados en sus 'conocimientos'.

La extraña fascinación que ejercen los sistemas analógicos (astrología, tarot, etc.) no solo sobre las mentes incultas sino sobre personas que a un brillante intelecto y sólida formación universitaria unen una viva intuición, se explica por una serie de factores.
En primer lugar, está el hecho de que intuyen que 'algo se le escapa a la Razón' - y eso genera insatisfacción y búsqueda. Pero como por su misma formación el sujeto sigue creyendo en la Mente como órgano de conocimiento... cambia de método pero no de instrumento. Busca, es cierto, pero NO otro aparato, sino un nuevo uso para el que posee. Y cuando encuentra un sistema analógico-(una 'máquina de ensueños') cual puede ser el simbolismo astrológico la tablilla del 'oui-ja', el juego del I-King, el tarot o la baraja, u otro - queda deslumbrada ante las infinitas posibilidades del pensamiento analógico: ese que, mediante asociaciones del tipo onírico que, aunque absurdas para la razón, llevan (si se interpreta bien) a conclusiones que son siempre ciertas.
Sólo por estar así encandilados puede explicarse el hecho de que a tales sujetos (de brillante intelecto y sólida cultura) se les escape la índole prelógica del pensamiento que cultivan. El hecho es que de ahí en adelante, su léxico se hace medieval y oscuro; y curiosamente, son las



OTT. RODELLA



oscuridades con que se manejan lo que les permite (a su paralógico juicio) 'ver claramente' las ignotas motivaciones de sucesos, comportamientos y tendencias - que explican por la influencia aleccionante de un 'Saturno-dador-de-dolor-rectificante', o por la exacerbación de todo lo instintivo como efecto de una 'Luna' proclive a todas las liviandades o de una 'Venus mal aspectada' - y eso por un lado los reconcilia con la humanidad y por el otro los aleja de ella al abonar su falsa superioridad. Es que, como ya dijimos, sin quererlo ni darse cuenta, los que han caído en este maluso del lenguaje del alma han empezado a ejercitar su pensamiento en la 'lógica' intuitiva en que se cimenta el empirismo de los simples. Que aciertan, sin duda; pero aciertos aparte, los que entre los cultores de las 'ciencias del Misterio' aspiran asimismo al progreso y desenvolvimiento de sus luces, deberían preguntarse a dónde creen que los llevará (en términos de adelanto evolutivo) la gimnasia que hacen de las formas de pensamiento que la avanzada de la humanidad ha abandonado hace siglos.

La verdadera cultura del alma - la iniciática, la única capaz de conducir al hombre al pleno ejercicio de su libertad interior y al real vuelo de su espíritu, nada tiene que ver con tales seudociencias (que desde el punto de vista sicológico responden a la necesidad de compensar mediante racionalizaciones primitivas cuanto les resulta inquietante en relación con su herencia arcaica). Los verdaderos Iniciados entienden la Filosofía en el sentido literal: como un amor o un transporte que lleva NO a la lucubración silogís-

tica o analógica, sino a la experiencia directa de la Obra de Creación, en la que intervienen como actores y agentes NO como explicadores pacientes; como re-creadores re-creados y no como divertidos di-virtientes.

¡Y sí que hay diferencia entre re-creación y di-versión!

Lo más lamentable es que en la diversión, también hay re-creación; sólo que los di-vertidos se re-crean en ignorancia y superstición (esto es: en super-vivencia de las formas arcaicas del pensamiento) no en Luz, como con error suponen.

Y desde que los resultados son diferentes, también lo son las maneras y procedimientos. No es necesario 'iniciarse' para tener acceso a la seudociencia. Basta con aprehenderla de álguien que la quiera enseñar - o aún de libros. No así la verdadera, que no puede adquirirse ni practicarse fuera de su ambiente específico. Y así como hay intelectualidad y subjetividad natural espontánea en bruto y la hay cultivada, también hay (puede haber - pero sólo en el lugar y por el procedimiento adecuado) una cultura de lo místico.

Es al logro de esta cultura que tiende - metodológicamente - la Iniciación.



Escribía Osvaldo Wirth en su revista:

"La Francmasonería es una institución moderna en cuanto a su organización - que no se remonta sino al 1717, fecha de la constitución en Londres de la Gran Logia Madre, de la que más o menos directamente derivan todos los cuerpos masónicos del mundo.

Lo que entonces nació fue una confraternidad que se afirmaba como universal, y que debía estar abierta a todos los hombres de reconocida moralidad, sin distinción de religión, opinión política, nacionalidad, raza, o posición social. Esta asociación tenía por finalidad lograr que sus adheridos se quisieran a pesar de todo cuanto podía diferenciarlos. Su deber era estimarse mutuamente y esforzarse en comprenderse aunque los distanciara su manera de pensar o de expresarse.

Alegóricamente, la Francmasonería aspiraba a remediar la confusión de los idiomas que dispersó a los constructores de la Torre de Babel. Su objeto era formar masones capaces de entenderse de un polo al otro, para edificar juntos un templo único donde vendrían a fraternizar los sabios de todas las naciones. Este edificio no se inspira en modo alguno en el capricho humano. No es una Torre destinada a desafiar el cielo en su orgullo, sino un santuario cuyo plano concibió el Gran Arquitecto del Universo.

La Francmasonería tiene buen cuidado en no definir al Gran Arquitecto, dejando toda latitud

a sus adeptos para que se hagan del mismo una idea de acuerdo con su fe o con su filosofía. Los Francmasones abandonan la teología a los teólogos, cuyos dogmas levantan apasionadas discusiones cuando no conducen a las guerras o a la persecusión más inícua. Al dogmatismo rígido e intransigente, la tradición masónica opone un conjunto de símbolos coordinados lógicamente de manera a explicarse unos por otros. Los espíritus reflexivos se encuentran de tal suerte solicitados a descubrir por sí mismos los misterios a que alude el Simbolismo. Algunas someras indicaciones le marcarán la senda a seguir, pero no se comunica al neófito más que la primera letra de la Palabra sagrada; debe saber por sí mismo adivinar la segunda; su instructor le revela luego la tercera, a fin de que pueda encontrar la cuarta, y así sucesivamente.

Este método es muy viejo. Su propósito es formar pensadores independientes deseosos de llegar por su propio esfuerzo a discernir la verdad. Nada les inculca ni se les pide acto de fe alguno respecto a cualquier revelación sobrenatural. Del lejano pasado donde tiene fijas sus raíces espirituales, la Francmasonería no ha heredado creencias determinadas ni doctrinas concretas, y sí solamente sus procedimientos de sana y leal investigación de la Verdad.

Por lo tanto, al pedir la admisión en la Francmasonería, no puede ser cuestión de esperar la comunicación de estos hechos misteriosos que tanto intrigan a los aficionados a la ciencia oculta. Los francmasones se interesan individualmente en todos los conocimientos humanos; pero

la Francmasonería se abstiene en absoluto de enseñar nada en cualquier orden de ideas. No tiene por misión resolver los enigmas que se presentan a la mente humana y no se declara en favor de ninguna de las teorías explicativas de los hechos sensoriales. Indiferente a toda suposición arriesgada, se coloca por encima de los sistemas cosmogónicos formulados ora por las religiones, ora por las escuelas de filosofía.

Lo que preconiza, es ese prudente positivismo que toma por punto de partida en todas las cosas lo comprobable.

En el curso de sus viajes simbólicos, el neófito sale siempre del Occidente en donde se levanta la fachada de la objetividad, o sea: la fantasmagoría de las apariencias que perturban nuestros órganos. Todo concluye aquí para el materialista que cree inútil buscar algo más. Pero muy distinta es la convicción de los espíritus propensos a la meditación - que se niegan a atenerse al aspecto superficial de las cosas y su ambición es profundizarlo todo. Para estos espíritus - aspirantes a la Iniciación - todo cuanto afecta nuestros sentidos constituye un enigma que podemos descifrar. Buscan el significado del espectáculo que les ofrece el mundo y se lanzan en suposiciones por demás arriesgadas.

Al penetrar de esta manera en la tenebrosa selva de las quimeras con tanta complacencia descrita en las novelas caballerescas, el pensador se ve obligado a combatir todos los monstruos de su propia imaginación. Ha de abrirse paso a través de la inextricable maraña de las concepciones mal paridas para alcanzar penosamente el Oriente de donde brota la luz. Por otra parte, al salir de

las tinieblas de la noche, la luz matutina les deja discernir solamente lo absurdo de las teorías preconizadas para explicar lo inexplicable. Convencido de su impotencia para penetrar el misterio de las cosas, emprende el regreso hacia Occidente siguiendo ahora el camino del Mediodía.

No es ya un sendero sembrado de obstáculos, apenas marcado en las espesuras de la oscura selva del Norte; llena de rocas y falta en absoluto de vegetación, la región sur no brinda el menor abrigo al peregrino que avanza bajo los ardientes rayos de un sol implacable. Una luz cruda ilumina los objetos que encuentra a su paso y que ve tal como son, sin que pueda formarse ninguna ilusión respecto a ellos.

Llegado otra vez al Occidente, juzga entonces de diferente manera lo que afecta a sus sentidos. El eterno enigma le parece menos impenetrable, pero más punzante aún. Irritado, no puede permanecer por largo tiempo en estado contemplativo; su espíritu trabaja y otra vez le tenemos entregado a las conjeturas; pero ya media una prudente desconfianza, y las extravagancias del principio se han trocado en hipótesis más sólidas.

Vuelve a empezar el periplo que sigue indefinidamente; partiendo siempre en el mismo sentido; de Occidente en dirección al Norte para regresar luego de Oriente por la vía del Mediodía. Cada vez resulta menos áspero el camino por más que abunden los obstáculos. Hay que trepar por unas montañas, transitar por llanuras llenas de peligros, cruzar ríos de impetuosa corriente, explorar desiertos abrasadores y sondear abismos volcánicos. Tales son las pruebas que hay que soportar. No simbólicamente ni en la imaginación, si-

no en su verdadero significado, o sea 'en espíritu y en verdad', con el objeto de que la venda de nuestra ignorancia vaya adelgazándose para caer por fin de nuestros ojos cuando termina nuestra purificación mental.

Luego se tratará de alcanzar la luz entrevista y viajar con ese propósito, imitando al Sol en su aparente revolución diaria.

Tal el proceso tradicional de la iniciación masónica. Es la enseñanza por el silencio. Nada de palabras que puedan faltar a la verdad; solamente actos (hechos) que nos llamen a la investigación. No encontramos aquí una doctrina explícita; únicamente un ritual por medio del que vivimos lo que debemos aprender. Ningún dogma; solamente unos símbolos.

No es éste un método al alcance de las muchedumbres que piden soluciones hechas y siguen gustosas a quien las engaña (por cierto que de buena fe en la mayoría de los casos).

La característica de la Iniciación - de la verdadera - es su absoluta sinceridad. No engañar a nadie: he aquí su constante y principal preocupación. Por eso mismo resulta amarga y desilusionante. Quien la posee comprende que no sabe nada; el sabio observa un silencio modesto y se guarda de erigirse en pontífice.

Si el Iniciado pide la luz es tan sólo para poder cumplir mejor con la tarea que le incumbe, y rechazando toda curiosidad indiscreta no pierde el tiempo en querer profundizar misterios que por su propia naturaleza son insondables. Empezando siempre por lo conocido (Occidente) se va instruyendo sin precipitación y no teme examinar de nuevo lo que le ha parecido cierto. Asimismo, se

resiste a perderse en estériles especulaciones y acepta únicamente las que tienen como finalidad la acción. El trabajo es, a su modo de ver, la justificación de su propia existencia. La función crea el órgano y no somos más que instrumentos constituídos en vista de una tarea que debemos cumplir.

Apliquemos, pues, toda nuestra inteligencia en discernir lo que de nosotros se espera; y esforcémonos en trabajar bien. Trabajar bien es vivir bién, y vivir bien es sin duda alguna el ideal que nos propone la vida. Se trata de aprender la teoría para luego ejercitarnos en la práctica del Arte de Vivir.

Este es el objetivo esencial de la iniciación masónica."

Hasta aquí, Osvaldo Wirth.

Este artículo de nuestro gran hermano plantea numerosísimos temas y da motivo a muchísimas derivaciones. Veamos algunos.

Sabiamente señala Wirth que la primer labor del Aprendiz es la de asimilarse al medio. Y aquí es donde la mayoría fracasa.

Es que tal asimilación no es fácil.

Al ingresar a un aula cualquiera, debemos esperar encontrarnos con condiscípulos de diversas extracciones pero unidos por una equivalente ignorancia, y con ideas muy dispares y vagas de cual es la enseñanza que allí se imparte. Algunos inteligentes y aprovechados, otros díscolos; unos con condiciones de cabecillas, otros signados con el sello de la medianía. Y lo mismo ocurre en relación con el ambiente iniciático. Pero hay

una diferencia: mientras en el aula profana se sabe perfectamente quién es el instructor y entonces nadie se engaña sino a sabiendas al tomar sus lecciones de los condiscípulos ignorantes, en la iniciática no aparece ningún 'instructor'; no hay sino condiscípulos - aunque algunos de éstos se arroguen las ínfulas de la función y estén más que dispuestos, ansiosos de impartir doctrina y dar explicación.

Y eso desorienta.

Decía un viejo hermano: Hay cosas que hacemos mal y otras que hacemos bien; pero hay algo en lo que nos destacamos y es en la fabricación de ruídos. Si álguien se queda entre nosotros, es muy tonto o es muy bueno. Los demás... disparan.

Tenga paciencia pues el Aprendiz y haga oídos sordos a las 'instrucciones' de los alumnos de segundo o tercer año que se comiden a enseñarle. En ésta Escuela no se imparte doctrina; lo único que aquí se proporciona es ambiente y labor. El primero está dado por los a menudo bullangueros condiscípulos, que si bien se suponen han sido seleccionados en función de su moralidad, corazón filantrópico y amor a la verdad, en realidad están a nivel de la calle o casi. La segunda consiste en aprender a comprenderse y estimarse con ESOS hombres. En cuanto al 'instructor', éste está sustituído por un sistema simbólico cuyo significado (se nos dice) hemos de aprender a desentrañar por nosotros mismos y letra a letra.

La cosa es sin duda insólita. Dice bien Wirth que "la Francmasonería aspira a remediar la confu-"sión de los idiomas que dispersó a los construc-"tores de la Torre de Eabel... (pero no intenta

"ser una construcción) destinada a desafiar al "cielo en su orgullo." En la jerga de los adeptos, la Iniciación se compara con la 'búsqueda de la Palabra Perdida' - que es Conocer, pero también es Conocernos (esto es: a nosotros mismos y unos con otros). La Palabra que busca la Iniciación no es tanto la de la Ciencia como la de la Comunicación - del hombre consigo mismo y con su prójimo, con su orígen y con su destino. Y la práctica de una fraternidad sin fronteras, y el esfuerzo por extenderla todo a lo largo y a lo ancho del mundo no deja de ser una gimnasia conducente. No solo porque nadie podrá jamás 'encontrarse a sí mismo' si fracasa en encontrarse en los demás, sino porque el Templo de la Fraternidad es la Obra que se propuso aquel Creador que llamamos Comienzo, puesto que nos hizo gregarios.

El aprender a fraternizar con nuestros camaradas no es algo intrascendente; y como decíamos, la mayoría fracasa porque no es capaz de encontrar (de encontrar-se) su lugar en un heterogéneo conglomerado donde evidentemente hay más egoísmo que virtud y más chatura que vuelo.

Dicen: "¿Qué vamos a hacer ahí? ¿Qué vamos a "aprender? ¿Qué me van a enseñar quienes son más "ignorantes que yo mismo, y en cuanto a espiritua"lidad son más indigentes?" - y se apartan. Pero se equivocan. Porque la heterogénea chatura y mediocridad que ven y a la que se les ha invitado a ingresar (y a elevar al elevarse en el interior de su masa) no es otra cosa que el fiel reflejo, la perfecta medida del propio aspirante. Y también la exacta muestra de la Humanidad a la que los Iniciados se proponen servir.

Quienes consideran que las filas que los reciben son demasiado poco para ellos... sepan desde el principio que son ellos los 'demasiado poco' para la Fraternidad, y que inútilmente recorrerán primero todas las Logias y luego todos los grupos humanos. Nunca más encontrarán un lugar para sí, y cada día recogerán el testimonio de su propia pequeñez. Quienes son incapaces de servir a la Humanidad en el grupo humano donde la Orden quiso colocarlos, sepan desde ya que carecen del elemento básico indispensable - la Filantropía - y que la Hermandad no toma aprendices sino para emplearlos en ESA filantrópica obra.

No se engañe nadie. Allí hay mucho que aprender. Porque si bien no hay doctrina, hay enseñanza - como por ejemplo la de la Igualdad. Es que contrariamente a lo que piensan los que se suponen superiores o por lo menos diferentés al común denominador del grupo humano que se les ofrece como 'puerta de entrada', es ESE común denominador lo que les permitirá (una vez encontrado y aceptado, sumarse a la Fraternidad - que ese es el ultérrimo objetivo iniciático. Mientras álguien se sienta 'diferente' o 'apartado' no adelantará un solo paso en la Iniciación.

Dice bien el artículo que comentamos: la Obra de la Masonería no se inspira en el capricho humano, no es una Torre de Presunción, sino un santuario cuyo plano concibió el Arquitecto que nos hizo gregarios. Y bien señala que la Masonería se cuida muy mucho de definir a este 'Arquitecto' abandonando la teología a los teólogos.

Por lo demás, los Iniciados no asimilan este

Arquitecto con el 'Dios' personal de los doctores de la iglesia y el vulgo, sino más bien con aquel Logos (Palabra) que es la forma comunicante y creadora del Espíritu; en consecuencia sus Misterios son los inefables arcanos de ese Verbo. Mas como la Masonería no enseña estos Misterios como cuerpo de doctrina sino que los explicita mediante un sistema simbólico que la comporta en sus multívocos aspectos... hemos de ir aprehendiéndola por nosotros mismos letra a letra.

Por lo demás, hablar de Verbo y Palabra es nombrar la función consciente. En el respectivo simbolismo esta función se asemeja a la Luz, y su cultura o cultivo se asocia con el periplo del Sol. Occidente, el lugar de la muerte, se asocia con la realidad concreta que al retener la conciencia en la ilusión de su realidad, la 'mata'. El Oriente, en cambio, es emblemático del despertar del sueño, del renacer del entendimiento tras la noche. En términos filosóficos, la objetividad (el Occidente) es el mundo de los significados, y la Luz (el Oriente, la conciencia) lo es del Conocedor - que es el que da los Nombres.

El camino, entonces es el de la búsqueda del Nombre. O por lo menos, eso parece ser.

Porque desde que el mundo es mundo siempre hubieron espíritus para quienes la Naturaleza (y el ánimo) es una especie de enigma que necesita ser resuelto; y desde tiempo inmemorial se ha venido buscando en la imaginación lo que la razón parece impotente para dar. Pero el procedimiento no ha llevado sino a la formación, más allá de lo objetivo (en el plano de los Nombres), de una impenetrable selva llena de monstruos aterrorizan-

tes y pavorosas fantasías.

Sin duda la ciencia materialista ha desbrozado una parte del terreno; y en él se mueve. Pero al mismo tiempo ha establecido un límite, y en él se queda. Para ella la Realidad es siempre explicable; y fuera de lo explicado y lo por explicar no hay nada. En consecuencia, cree conocer cuando explica, o en el mejor de los casos, cuando al explicar su explicación demuestra la realidad experimental de sus supuestos. Así es como el materialista supone que avanza en conocimiento a medida que se extiende en la explicación de la zona en que trabaja... aunque a veces no deja de advertir que a medida que progresa, 'lo inexplicado' aumenta y se extiende en lugar de disminuir. Además... ¡se lleva cada susto cuando el contenido del alma invade su demarcación!

¿Qué hay más allá de la artificial frontera? ¿Por qué no se puede ensanchar 'el círculo de la Luz' en latitud y profundidad hasta que incluya y en consecuencia destruya 'lo oscuro' en lugar de aumentarlo?

Este es el terreno que pisa el Iniciando cada vez que parte de Occidente hacia Oriente.

Muchos se pierden, sin embargo, en la maraña; pero el accidente ocurre porque abandonando la guía iniciática el postulante escucha las voces que lo asedian desde los ruídos del exterior. Se pierde porque 'hace trampas' y en lugar de ir a la conquista de la luz por las buenas y siguiendo el camino evolutivo, accede a retroceder al pensamiento prelógico - el del hombre primitivo,

en tanto que unos lo hacen para ponerse al servicio de los monstruos y gigantes creados en el correr de las edades por las formas imaginativas (lunares) del pensamiento, los otros se abren paso a mandobles, como el Sol, conociéndolos como opositores y combatiéndolos por todos los medios. Que si una cosa es ver molinos donde en realidad hay gigantes, otra es tomar a éstos por realidades que deben aceptarse, y otra todavía y muy diferente es advertir que se trata de enemigos que es necesario combatir. No se forjó la ciencia cultivando los zarzales del terreno que pisaba, sino desbrozándolo. Y lo mismo con la cultura del alma.

Por supuesto que cada cual es libre de elegir su camino y sumarse al bando que mejor le cuadre. Pero, ¿sería mucho pedir que lo hiciese de una manera franca y auténtica y levantando valientemente sus propios estandartes y no cobijándose bajo banderas ajenas? Sirva quien quiera a la Materia (los molinos) pero hágalo en nombre de la Ciencia y denomínese científico, NO Iniciado. Y póngase quien lo desee al servicio de la lógica onírica y haga horóscopos o astrología o cultive la necrolatría espírita o la taromancia; pero hágalo bajo la bandera de los Labán y NO bajo la de los iniciados. Porque si bien éstos ven los gigantes que están disfrazados de molinos, NO los sirven sino que los combaten por enemigos del progreso humano - ya que constituyen una supervivencia de los mecanismos mentales de la humanidad arcaica.

¿Triunfa el adepto en su empeño de bañarse en la 'fuente de la Luz'? No, si por victoria se entiende el logro definitivo de aquella. Sí, si por tal se tiene la que se alcanza en términos de progresiva liberación de la mente de las mil conceptualizaciones obsesivas que la aprisionan.

Para el adepto de la iniciación verdadera no hay logro definitivo; y todo se resuelve en un contínuo volver a empezar. Porque si cada 'viaje' en procura de la Luz se traduce en la destrucción de alguno de los fantasmas que impiden ver las cosas tal cual son... estas 'cosas tal cual son' siguen siendo una 'realidad concreta' esencialmente insatisfactoria, y generando nuevas aventuras.

Y de nuevo. Si el objetivo es si no la caída definitiva sí la atenuación del 'velo de ignorancia' que cubre la visión, vea cada cual si lo está logrando en sus andanzas por 'lo desconocido' o si por el contrario vuelve de éstas cargado con nuevas 'explicaciones' que aumentan el espesor y opacidad de su propia venda.

Madurez y des-ilusión van siempre de la mano. Quizá sea por eso que no todos se adaptan y prefieren envolverse en nuevas ilusiones - en las que toman refugio cada vez que las circunstancias le quitan alguna de las que posee.

Pero el que siendo de buena pasta ha tenido la inmensa felicidad de haber sido iniciado en la forma, no debería perder el tiempo en vanas especulaciones 'esotéricas', sino que debería aplicar su pensamiento a discernir inteligentemente cual es la acción libertadora (para sí mismo, y para

los demás) que de él espera la Hermandad que lo ha recibido, y a la que debe procurar pertenecer no sólo en la forma, sino también de hecho y por derecho.



BENITO JUAREZ
RSL No. 135



EL CONTRATO DE TRABAJO

Transcribimos un artículo de O. Wirth:

Al animal le basta dejarse vivir y obedecer los impulsos de su naturaleza. Sus determinaciones son automáticas y no tiene necesidad de deliberar sobre sus actos. El mismo estado de cándida ignorancia se encuentra también en el niño - no despierto aún a la conciencia que le permitirá discernir entre lo que está bien y lo que está mal. Con el discernimiento nace la responsabilidad y ésta nos impone ciertos deberes. Estos a su vez van tomando más y más incremento a medida que se desarrolla nuestra inteligencia. Quien comprende más perfectamente, está obligado a conducirse de diferente manera que el bruto que está dotado solo de instinto.

Desde que el Iniciado pretende penetrar ciertos misterios que escapan al vulgo, su comprensión abarca mucho más y le es, por tanto, necesario someterse a obligaciones que no son tan indispensables para el común de las gentes. Para lograr la Iniciación, entonces, necesitamos conocer estas obligaciones especiales y comprometernos por adelantado a conformarnos escrupulosamente a las mismas. ¿Cuáles son, pues éstas?

En primer lugar, se exige de todo candidato a la Iniciación, la estricta observancia de la ley moral. Hay que entender por ésto que el futuro iniciado debe observar una conducta irreprochable y gozar de la estima de sus conciudadanos. Por otra parte, la moral humana no tiene reglas absolutas y sufre variaciones según el ambiente;

y, por tanto, todo Iniciado debe conformarse a los usos corrientes de la sociedad. Su deber primordial es vivir en buena armonía con sus conciudadanos y observar escrupulosamente las leyes que regulan la vida en común.

El Iniciado no se las dará pues, de superhombre desdeñoso de la moral ordinaria, ni se considerará eximido de ninguna de las obligaciones que pesan sobre el hombre sencillamente honrado. Lejos de querer aligerarse de la carga normalmente impuesta a todos, se conforma en aumentarla en proporción de sus fuerzas morales e intelectuales.

La Iniciación no nos instruye de balde, ni siquiera para el gusto de instruir. Ilumina a quien quiere trabajar, a fin de que el trabajo pueda llevarse a cabo. Empecemos por aceptar un trabajo; luego demos prueba de celo y constancia en su cumplimiento, y tendremos entonces derecho a la instrucción necesaria. Pero nada recibirá quien no tenga previo derecho a ello.

De nada sirven las trampas en esta materia; y quien no merece la instrucción, no la recibe. Podrá, sin duda alguna, imaginarse haber aprendido; pero en este caso no será sino el miserable juguete del falso saber de los charlatanes del Misterio. La verdadera Iniciación no busca deslumbrar a la gente con un brillo ficticio; es austera y nadie la puede lograr sin antes haberla buscado en la pureza de su corazón. Al candidato se le pregunta: "¿Dónde fuísteis preparado para ser recibido como masón?"; y debe responder: "En mi corazón". En efecto, debe uno estar bien resuelto al sacrificio anónimo y no desear otra recompensa que la satisfacción de colaborar a la Magna Obra.

En verdad, no puede aspirar el hombre a más elevada satisfacción, ya que por su participación en la Magna Obra tiene conciencia de 'divinizarse'. Desanimalizar la criatura consciente para hacerla divina: he aquí el resultado al que tiende la Iniciación, y, por tanto, lo menos que se puede exigir del postulante es que observe en la vida una conducta irreprochable y sepa permanecer honrado en el lugar - por modesto que sea - que ocupa entre sus conciudadanos. Deberá justificar sus medios de existencia, la lealtad de sus relaciones, y no se admitirá que se burle del prójimo ni que trate a la ligera sus promesas hechas bajo el imperio de la pasión. Sufrir honradamente las consecuencias de sus actos sin esquivar cobardemente sus resultados, es conquistar la simpatía de los Iniciados y merecer su ayuda para sortear las dificultades.

Una vez satisfechas las condiciones previas de moralidad, garantizadas por el buen renombre del candidato, su primera obligación formal concierne la discreción. Debe comprometerse a guardar silencio en presencia de los profanos puesto que la Iniciación confía secretos que no deben ser divulgados.

Se trata en primer lugar de un conjunto de tradiciones que no deben caer en el dominio público. Son, en su mayor parte, señas convencionales por medio de las cuales se reconocen entre sí los Iniciados. Resultaría deshonroso el divulgarlas; y todo hombre pundonoroso debe guardar los secretos que le han sido confiados. Además, el indis-

creto resultaría culpable de impiedad a tal punto que los 'verdaderos misterios' no le podrían ser revelados en manera alguna.

En efecto, los pequeños misterios convencionales son sencillamente los símbolos de secretos mucho más profundos, y debe el Iniciado descubrirlos de conformidad con el programa de la Iniciación. Estamos ahora muy distantes de las palabras, actitudes, gestos o ritos más o menos complicados. Todo cuanto afecta nuestros sentidos no puede en modo alguno traducir el 'verdadero secreto' y nadie lo ha divulgado jamás, por ser de orden puramente espiritual. A fuerza de profundizar, el pensador concibe lo que no llegará a penetrar nadie sin observar cierta disciplina mental. Esta disciplina es la de los Iniciados.

Por medio de las alusiones simbólicas pueden comunicarse entre sí sus secretos; pero nada absolutamente podrá entender quien no esté preparado para comprenderlos. Por otra parte, nada hay tan peligroso como la verdad mal comprendida, y de aquí la obligación de callar impuesta a los que saben.

Enseñar progresivamente, de acuerdo con las reglas de la Iniciación; o de lo contrario callar. Sobre todo, cuidar de no hacer alarde del saber. El Iniciado es siempre discreto; nunca pontifica; huye del dogmatismo, y se esfuerza en toda circunstancia y en todo lugar para encontrar una verdad que sabe a conciencia no posee.

Bien al contrario de las comunidades de creyentes, la Iniciación no impone artículo alguno de

fe y se limita a colocar al hombre frente a lo comprobable, incitándolo a adivinar el enigma de las cosas. Su método se reduce a ayudar al espíritu humano en sus esfuerzos naturales y espontáneos de 'adivinación racional'. Opina, además, que el individuo aislado se expone a un fracaso al aventurarse con temeridad en el dominio del Misterio. Esta exploración es peligrosa; el camino está erizado de obstáculos y a ambos lados abundan los abismos. Quien emprenda solo el viaje, corre el riesgo de detenerse muy pronto; pero hay que tener en cuenta que nadie quedará abandonado a sus propias fuerzas, si merece asistencia, por ser la mutua ayuda el deber de los Iniciados.

Tened pues las creencias que mejor os parezcan, pero sentíos solidarios de vuestros semejantes. Tened la firme voluntad de ser útiles, de desarrollar vuestra propia energía para invertirla en bien de todos. Sed completamente sinceros con vosotros mismos en vuestro deseo de sacrificio, y entonces tendréis derecho a que los guías que aguardan en el lugar sagrado vengan a dirigir a los legítimos impetrantes.

Pero es necesario dejarse guiar con confianza y docilidad, fortalecido por esta sinceridad que impone el respeto y también lleva consigo responsabilidades de mucha gravedad. Se establece un verdadero pacto entre el candidato y sus iniciadores: si llena éste los previos requisitos, deben ellos dispensarle su protección y preservarlo de los tropiezos que pudieran apartarlo del camino de la Luz.

Tened bien en cuenta que los guías permanecen

invisibles, y se guardan de imponerse. Nuestra actitud interna puede atraerlos, y acuden a la llamada inconsciente del postulante deseoso de soportar las cargas que impone la Iniciación. Todo depende de nuestro valor, no para sufrir unas pruebas meramente simbólicas sino para sacrificarnos sin reservas.

No puede uno iniciarse leyendo, ni asimilándose doctrinas, por sublimes que sean. La Iniciación es esencialmente operante; requiere gente de acción y rechaza a los curiosos. Es preciso consagrarse a la Magna Obra y querer trabajar para ser aceptado como Aprendiz en virtud de un Contrato tan formal en realidad como si llevara estampada nuestra firma.

Las obligaciones contraídas son el punto de partida de toda verdadera iniciación. Guardémonos, por tanto, de llamar a la puerta del Templo sin haber antes tomado la decisión de ser de entonces en adelante un hombre diferente, dispuesto a aceptar deberes mayores y más imperativos que los que se imponen a la mayoría de los mortales. Todo fuera ilusión y engaño al querer ser iniciado gratuítamente sin pagar de nuestra alma el privilegio de ser admitido a entrar en fraternal unión con los constructores del gran edificio humanitario cuyo plano ha trazado el G.·.A.·.D.·.U.·.

* * *

No nos extenderemos en mayores comentarios al artículo que acabamos de transcribir. Solamente señalaremos un par de puntos.

Tiene razón el H.·. Wirth: el Iniciado es un hombre libre. O más precísamente: un liberto por

Dice bien el H.·. Wirth: la Iniciación ni nos instruye de balde ni lo hace por gusto, sino a precio de sacrificio y para emplearnos en SU obra (no la 'nuestra' sino la suya). Y de nada sirven las trampas. Es un contrato; un verdadero contrato cuyas cláusulas no pueden evadirse; un CONTRATO DE TRABAJO.

Emplea nuestro Hermano una expresión que hoy por hoy está desmonetizada: 'divinizarse' - pero la relaciona con la participación en la Creación entendida como Obra de Arquitectura. El que participa en esta obra se asimila al Creador. ES el creador - el Arquitecto. Quizá aquel Abí-rom (nombre que significa 'matador del padre') y sus compinches no hubiera necesitado conspirar ya que le había sido dado colaborar en la Obra. Quizá por conspirar perdió definitivamente la posibilidad de SER Maestro y quedó condenado para siempre a simularlo.

Wirth perteneció a una generación que creía en la existencia 'tras el velo' de Maestros Desconocidos que se harían presentes tan pronto como el aspirante diese muestras de estar apto. "Cuando el discípulo está pronto, el Maestro aparece", decían. Así es, sin duda, aunque no a la manera soñada por aquellos Hermanos; porque el Maestro, está siempre: en el corazón, la mente, la voluntad y las manos de todo Artista. De cualquier manera es cierto: la Iniciación es esencialmente operante. Ningún arte puede aprehenderse en libros, sino obrando.

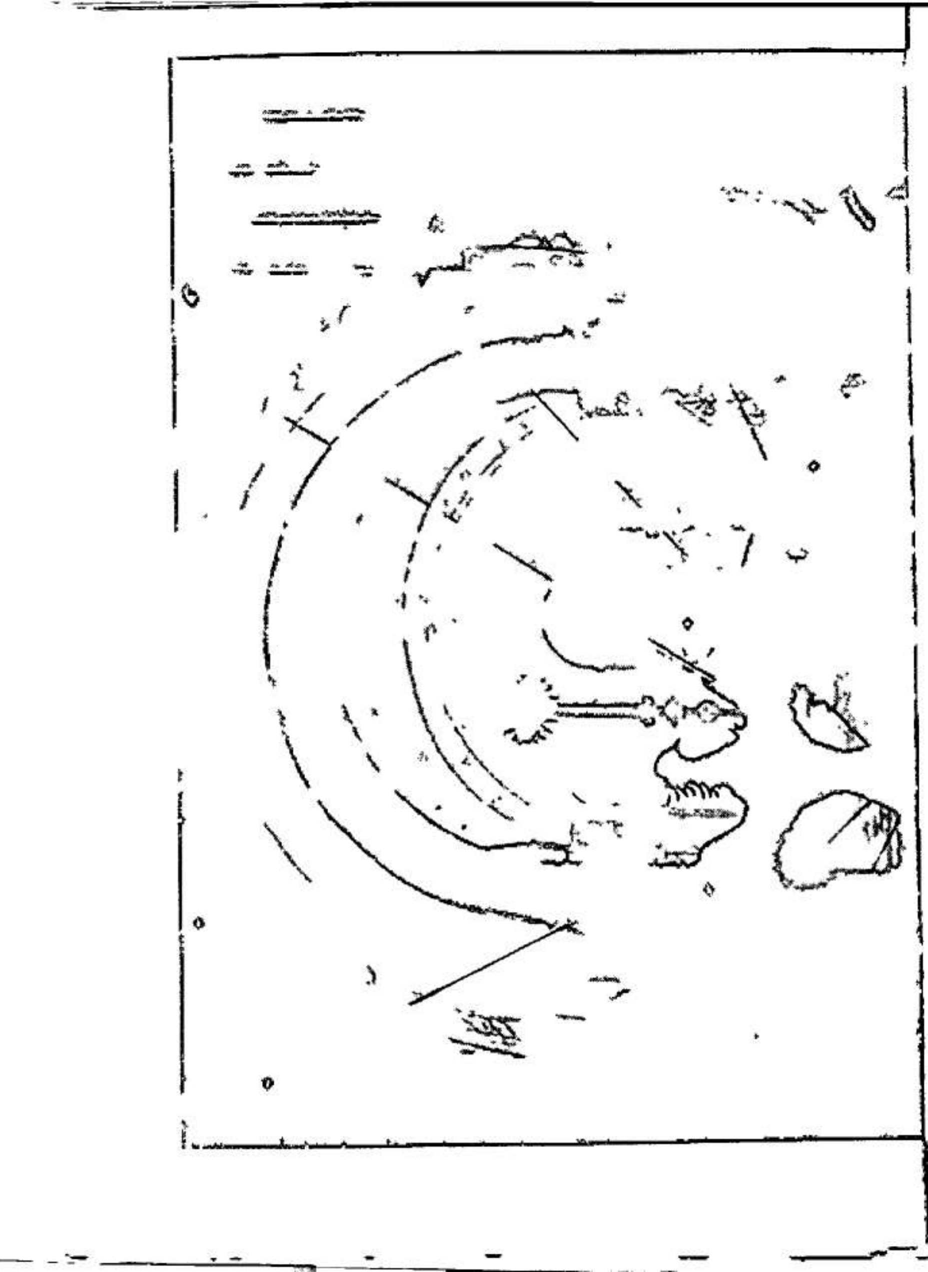


LAS CELEBRACIONES SOLSTICIALES

Para el hemisferio norte, la noche del 24 de junio corresponde al solsticio veraniego; pero para el nuestro, es la del invernal - lo que la hace equivalente a la Navidad. Y desde que vivimos en el Sur, 'nuestro' San Juan es el de la noche más larga y más negra - que ayer no más fue propicia a las amables tertulias hogareñas, alegradas con cédulas casamenteras y grandes fogatas en las esquinas. Noche de esperanzas en la que no faltaba el rito adivinatorio de las mariposas de tinta; y si la noche era de escarcha, al día siguiente los niños se extasiaban ante los helechos que aquella dibujaba en la ventana.

Hoy, todo está alterado. No hay tiempo para tertulias ni existe la comunicación entre viejos, jóvenes y niños que las hace posibles y agradables. No son los de la paz los fuegos que hoy se encienden, ni hay cantos en las gargantas sino protestas, y la mano está crispada y no tendida. Pero no siempre fue así, ni será. Precísamente la del solsticio invernal es noche en que se renueva la esperanza del renacer de la vida - que no es vana, sino cierta; porque hay tarde, pero hay mañana.

Solsticios y equinoccios son para el año lo que para el día es el mediodía y la medianoche, la aurora y el ocaso: pausas de la Naturaleza, cambios de su actividad. Y también - y eso es lo importante - pausas en la vida del hombre que, criatura natural al fin, no puede impedir tener que seguir el ritmo de aquella.



Sin duda estas pausas entre dos actividades constituyen los momentos psicológicos apropiados para que el hombre atienda las voces que le llegan - de sí mismo, de su prójimo, de su alma.

Madrugada y primavera: juventud para contemplar la jornada inmediata y determinar la acción en ella; medio día y verano: gozo de observar la obra en marcha, tiempo de la colación y época de la cosecha. Otoño y atardecer: hora para el acopio y la molienda, para el balance y el recogimiento. Tales las estaciones de la jornada del hombre, cumplida la cual entra en el reino de la muerte - o de la noche - que es el del alma y la conciencia, con sus ensueños o sus insomnios, en los que desfilan recuerdos y remordimientos y se perfilan los propósitos de reparación y enmienda o las esperanzas de realización. Es en esta medianoche - la medianoche del año, la del solsticio invernal, que se prepara el nuevo amanecer.

Aunque de ordinario los emblemas propios de solsticios y equinoccios se asocian con los regocijos cristianos, su celebración ya era milenaria en tiempos de los druídas. En realidad, y aunque puedan tener y tengan un significado altamente filosófico y superior, y un elevado sentido religioso, se trata de fiestas típicamente paganas en su forma, simbolismo y estilo - al punto que la Iglesia de Roma creyó oportuno advertir a sus fieles respecto a la inconveniencia de introducir emblemas célticos y Nöeles nórdicos en las festividades cristianas. Pero no valieron filípicas, porque el alma popular es de suyo proclive a tales desviaciones por la senci-



lla razón de que el hombre no nació ayer, y en la trastienda de su alma siguen vivos aunque infusos los olvidados recuerdos de los albores de su raza - en las tierras del Norte, hace milenios. De ahí quizá la tendencia que demuestra a tratar de avenir los viejos símbolos con la nueva fe - para que sean absorbidos por ésta - y de ahí quizá que el cristianismo popular festeje el solsticio invernal de la manera como lo hace.

Probablemente también de ahí que algunos gremios medievales - como el de los picapedreros y canteros, los edificadores en piedra y demás artesanos de la construcción, tuviesen por costumbre celebrar los solsticios con grandes comilonas en honor a San Juan, a quien tenían por patrono - lo que no nos debe extrañar porque los ritos de masticación y las libaciones fueron en todo momento el acompañamiento obligado de estos festejos.

No faltan los desconfiados que ven en tales tenidas gremiales un apartamiento de la norma religiosa a la que por entonces todo el mundo estaba forzado. Y bien pudo haber sido así, porque nadie ignora que las corporaciones artesanales gozaron de muchos privilegios y licencias en materia de libertad de conciencia - una condición imprescindible para la creación artística. Y no se puede saber hasta qué límites llevaron algunas cofradías el ejercicio de tal libertad. Algunos sostienen, por ejemplo, que el Juan que celebraron los referidos obreros no era el personaje evangélico sino el paganísimo Janos - divinidad de las puertas y las iniciaciones - que

sería el verdadero númen tutelar de dichas hermandades; y que el nombre del Bautista no era sino un velo para despistar al clero y al populacho.

¿Quién puede saber qué hay de verdad en esta conjetura? ¿Fue acaso teniendo en mente a Janos - el de las dos caras, emblemáticas del pasaje de una a otra esfera, de uno a otro plano de actividad - que el calendarista cristiano colocó a sus Juanes, uno en el solsticio de junio y el otro lo más cerca que pudo al de diciembre? No es posible saberlo; pero no hay duda de que la de Janos es figura apropiada tanto para inaugurar el año agrícola o festejar la cosecha, como para presidir el banquete del clímax o término del año civil o profesional.

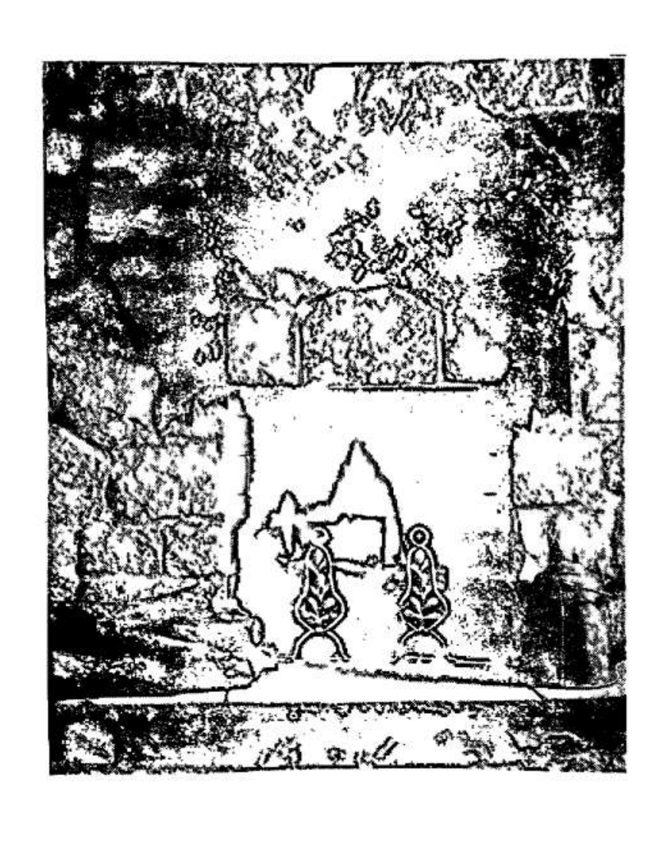
No podemos, sin embargo, olvidar que antes de que existieran las corporaciones obreras, antes de que los creadores de la liturgia cristiana dedicasen las noches del solsticio austral a recordar el nacimiento de su Salvador, antes de que Janos fuese reconocido y personificado, antes incluso de que los egipcios de Menphis celebrasen a Osiris redivivo y que los de Heliópolis rindiesen culto a Amon-Ra, ya la humanidad festejaba los solsticios. Sin duda la pompa externa no fue siempre la misma ni iguales las entelequias de las que los hombres esperaron el cumplimiento de sus anhelos; pero por sobre todas las diferencias hay elementos comunes tanto simbólicos como de fondo, y siempre se trató de una recordación de la Luz, no importa cómo se la interpretase: divina, celeste o del alma. Siempre fue una fiesta de alegrías y esperanzas, siempre una expresión de humano, fraterno amor.

Sería inútil que buceásemos imaginativamente la prehistoria en busca del orígen plausible de la fiesta solsticial - que ya tuvo que ser antigua en el pleistoceno, cuando los hombres refugiados en las cuevas renovaban su fe escuchando relatos legendarios acerca de la perdida 'edad de oro' que fuera presidida por un brillante Fuego que gobernaba la Tierra con sabiduría y concedía a sus criaturas los dones de su magnífica providencia - un dios rubio, que había prometido regresar...

"Más allá de las nieves y los hielos está la "patria del Sol - que volverá para derretirlos "y empujar al viento que encerrará en las cue- "vas. Cuando eso ocurra, florecerá el almendro "y el viejo fresno echará rebrotes. Entonces, "saldremos y correremos..." Así podemos imaginar que decían los ancianos de entonces de lo que a su vez habían oído de sus abuelos.

No importa cuanto forcemos la imaginación; jamás llegaremos a encontrar el orígen primero del mito del renacimiento de la Vida - siempre ligado a los símbolos del Arbol y la Cruz, o de la tumba cuadrangular donde 'muere' el Señor de la Luz y la Vida, y desde donde renace como el Maestro y Salvador del mundo. Y no encontraremos tal orígen porque el referido mito no lo tuvo en el tiempo. Simplemente 'siempre estuvo allí' - en lo profundo, en el trasfondo de la conciencia donde el hombre tiene sus raíces psicológicas y desde donde fue dando nacimiento a creencias y esperanzas, ceremonias y liturgias.

Los que buscan un orígen temporal a lo genuí-



namente ancestral, lo hacen porque suponen que todo tiene que tener una causa precedente, un orígen en el Tiempo. Pero Cronos - aunque es Mito - no fue el primero en aparecer.

Lo que es intemporal no tiene nacimiento por la simple razón de que no tiene 'tiempo' y procede de ese misterioso plano del que surgen las historias fabulosas y los sueños.

"Había una vez...", comienzan nuestras abuelas; "once upon a time", dicen las británicas... y aquí la cosa aparece clara, porque la frase significa: "Una vez encima del tiempo..."

Sí. Hay un plano de la realidad que está más allá del Tiempo; 'encima' de él. Plano que es de donde nos viene la narrativa, la poesía, la música, el arte y la Religión. Y la inventiva de la que a justo título se enorgullece la Ciencia.

En los tiempos en que por no haber esquizado todavía la atención de la realidad interior, el hombre todo lo hacía religiosamente, la celebración del solsticio austral era una ceremonia que inauguraba el año agrícola. Brevemente descripta, la fiesta consistía en un llamado al Sol para que se sirviese venir a bendecir y vitalizar las labores que se iniciaban. Pero desde que nos hemos extravertido, el mundo objetivo se nos presenta cada vez más real al tiempo que el del alma desdibuja sus perfiles. Hoy creemos que la humanidad ha logrado progresar en términos de libertad de conciencia al haberse librado de los mil condicionamientos que en el pasado trabaron su acción con supersticiosas creencias, ridículos tabús y demás complicaciones. Pero una observa-

22

ción más atenta nos permitiría descubrir que si bien el hombre moderno se ha librado en lo puramente formal, no ha hecho lo mismo en lo medular, y que el mundo subjetivo - el mismo que los antiguos consideraron el de los dioses y el alma - sigue ejerciendo sobre aquel una influencia muchas veces decisiva. Si supiésemos mirar así - si quisiésemos hacerlo - aprenderíamos muchísimas cosas acerca del mecanismo psicológico en el que nos movemos y que a menudo nos arrastra - cosa que tiene que ser altamente interesante para quienes han aceptado el desafío del 'conócete a tí mismo'.

Podríamos ver, por ejemplo, que indefenso como se encontraba el hombre primitivo ante las formidables fuerzas que amenazaban aplastarlo por momentos, fue verdaderamente sabio de su parte buscar en el mundo del alma la ayuda (siquiera moral) que necesitaba para sobrevivir.

Cualquiera que haya visitado alguna vez un buen museo antropológico habrá sentido sobrecogérsele el ánimo al palpar la grandeza del Hombre en su lucha heróica y desigual - pero siempre triunfante - contra todo y contra todos.

Por supuesto que si así nos place, podemos reírnos de las fórmulas propiciatorias de nuestros tras-tartarabuelos; pero visto que la humanidad pudo llegar a establecer su dominio sobre el planeta sin más ayuda inicial que la proveniente de 'los espíritus' (incluso, naturalmente, el suyo propio), no podemos abrigar dudas acerca de la eficacia real del procedimiento. Esto es: de su eficiencia en relación con el hombre de la época en que se practicaron.

Pero... ¿qué significan y qué valor pueden tener las celebraciones solsticiales en relación con nosotros? Pues... aunque no lo advirtamos, éstas son Actos religiosos por los que el hombre moderno toma contacto con las colosales reservas milenarias de su Esperanza ancestral.

Consideremos cómo hacen frente a sus dificultades y de dónde sacan la fortaleza de carácter necesaria, los pueblos que son fuertemente tradicionalistas... y bien pronto aprenderemos a no desdeñar las celebraciones de la herencia arcaica, porque son fuente de todavía más poderosa energía psíquica.

El fenómeno de los solsticios y equinoccios es algo más que un hecho astronómico. Es, también, y desde un punto de vista estrictamente humano, un hecho psicológico.

Es muy probable que en los tiempos en que la astronomía fue materia reservada al ámbito iniciático, en algún Templo de Misterios se haya expuesto ante los neófitos la 'verdadera' estructura del sistema solar. 'Las cosas no son como parecen, sino así y así...', diría el instructor de turno. También es verdad que por lo menos desde Copérnico y Galileo el hombre aprendió a explicarse las estaciones y la desigual duración de los días y las noches por la inclinación del eje de la Tierra respecto al plano de la eclíptica y por el giro del planeta sobre sí mismo y alrededor del Sol. Pero esto no debe llevarnos a suponer que la noción de que el Sol se mueve en torno a la Tierra, y la de su 'viaje'



anual entre Norte y Sur es una antigualla definitivamente muerta.

No lo es.

Porque hoy como ayer el curso de las estaciones sigue siendo un fenómeno del alma - y en ese terreno no vale Copérnico ni el telescopio, sino el dato sensorial y la subjetividad ancestral.

Como decíamos, el hombre no nació ayer; y además, él mismo es un fenómeno psicológico cuyo ser se fue formando en el curso de las edades en función de la respuesta subjetiva a la percepción sensorial. Y no importa que venga ahora la Ciencia a decirnos que se trata de una ilusión. Lo será para ella que investiga lo objetivo de las cosas, pero no lo es para el alma en la que la idea del viaje del Sol por esa franja de la esfera celeste que llamamos Zodíaco se encuentra sólidamente establecida. Y es esa noción subjetiva y sus símbolos y no el fenómeno sideral, lo que importa para el espíritu de la celebración, porque es en él que se asienta el mito del 'Dios que muere y renace' y sus múltiples derivaciones emblemáticas, filosóficas y religiosas. O sea que mientras la inclinación de la Tierra y su rotación da orígen al curso de las estaciones, los sentidos perciben un 'viaje del Sol'; y ésta percepción, asociada con mil temores y esperanzas, fue formando en el curso de las edades una colosal y dinámica estructura subjetiva que constituye una inmensa acumulación de Esperanza que es la fuerza que impulsa el porvenir.

Hacia fines de junio y coincidiendo con el sols-



ticio que es de verano para el hemisferio Norte y de invierno para nuestras latitudes, vemos que el Sol comienza a avanzar hacia las regiones australes, hasta que casi hacia el fin de diciembre parece alterar su curso y retornar al Norte.

Hay, entonces, por sobre la Cruz que podríamos llamar 'astronómica' o 'de las estaciones', otra que llamaremos psicológica - o mitológica - y que está dada por el paso aparente del Sol por esos puntos celestes que llamamos Aries, Cancer, Libra y Capricornio. Es a ésta "cruz mitológica" (y no a la sideral) a la que responde el prototipo del Dios-Soter.

Desde un cierto punto de vista, entonces, la esfera celeste parece ser un colosal reloj que junto con las horas y los días también marca el ritmo de la Naturaleza y con ello las etapas de la vida agrícola, íntimamente ligadas con los estados del ánimo.

En cierta ocasión decíamos que sin mayor riesgo podemos dar por cierto que el hombre bien pronto aprendió a leer ese reloj y a roturar, sembrar recoger y festejar en relación con los momentos astronómicos - los cuales quedaron así definitivamente asociados no solamente con el calor y el frío, sino también con las vicisitudes y alegrías de la existencia. Asimismo, podemos suponer que tampoco tardó en sacar conclusiones: 'Así como el Sol se levanta, llega al medio día, y se pone, así también nuestra vida tiene un nacimiento, una madurez y una muerte.

Ni el mejor relojero podría jamás hacer una máquina más exacta que ésta que tuvimos los hombres

desde siempre y que tiene manecillas y cuadrantes para todo. Allí está el Sol, para establecer los días y las estaciones, y para levantar a su paso no solamente la sangre y la espiga sino también la oración de gratitud y la impetración de auxilio salutífero; ahí se encuentra la Luna para marcar las semanas, anunciar las preñeces, y contar el tiempo de las gestaciones; y ahí las demás luminarias cuyos movimientos han de corresponder por lógica a algún ritmo natural - aunque no sepamos cual. Y el hombre mismo integra ese Gran Reloj, porque su pulso se ajusta al latir de la Naturaleza entera tanto subjetiva como objetiva.

En todo y por todo hay una sístole y un diástole, un crecer y un menguar; y eso es fundamento de la Esperanza, porque cabe esperar un despertar tras cada noche.

Tal el sentido de la celebración invernal: la afirmación de la esperanza de que el Sol de vida no abandonará a sus hijos.

Todo eso decíamos.

Aunque separados del espíritu de la fiesta solsticial tanto por lo artificioso de la vida ciudadana como por habitar una tierra donde todo está invertido en relación con el simbolismo ancestral, no nos resultará del todo imposible captar su sentido, ya que nunca se han cortado del todo los lazos que nos unen a la imagen del fresno que florece en la larguísima negra noche, y todavía están vivos en nuestro interior los resplandores de los fuegos rituales que encendimos los hombres en tiempos inmemoriales para iluminarla y calentarla.

Cuando los pueblos arios emigraron del Norte

en sucesivas oleadas para extenderse por el mundo, junto con sus ganados e impedimenta ordinaria llevaron también las imágenes de sus sueños y los relatos de sus antiguas tradiciones.

Pasaron los tiempos y cambiaron los cielos. Nuevos intereses y esperanzas desplazaron lo antiguo - que olvidado de las mentes se hizo recuerdo histológico en la carne y tendencia recurrente en la simiente.

Preocupados como estamos y agitados como vivimos, a menudo olvidamos que ni la vida del cuerpo es posible independizada de la milenaria historia impresa en la substancia de sus células, ni la del alma resulta viable si se la desarraiga de su arcaico trasfondo. Ciertamente la Naturaleza sabe crear delicados mecanismos para compensar éste y otros desvíos; y hay una sabiduría natural en el alma como la hay en el cuerpo. Pero no puede haber compensación indefinidamente reiterada sin que el equilibrio se haga inestable o se rompa - y de ahí que se imponga la higiene. Eso vale tanto para el cuerpo como para el espíritu.

A la higiene del cuerpo la llamamos gimnasia; a la del alma la llamamos Religión (en el sentido técnico del término: acto reparador); y una parte fundamental de ésta consiste en vivenciar los olvidados mecanismos del ánimo de una manera similar a lo que se hace cuando se da a los músculos y funciones del cuerpo el ejercicio que la vida ordinaria les niega.

Desde muy antiguo ha sido reconocido que el dar expresión al contenido profundo del alma es una necesidad para la salud de ésta - y tanto más

imperiosa cuanto más alejados nos encontramos de nuestro estado natural primitivo. Asimismo - y aunque ya se dijo, no está de más repetirlo - la fidelidad a las antiguas costumbres es rica fuente de aguas aptas para templar el metal moral del pueblo, al punto que siempre se consideró una grave transgresión la práctica de cultos exóticos.

Por todo ello, a falta del añoso fresno y el viejo fuego, druídas y brahmanes, hierofantes y sacerdotes, instituyeron en todas partes la correspondiente festividad simbólica. Que no es simple festejo ni sola recordación tradicional, sino punto de unión entre el pasado subjetivo ancestral y el presente. Y caudalosa vena por la que fluye la rica linfa en que nuestros ancestros - los conquistadores, colonizadores y civilizadores del mundo, nutrieron la reciedumbre que hizo posibles sus colosales empresas.

En el estado agrícola, la celebración invernal no es un acto aislado, sino el comienzo de una serie que, pasando por la celebración primaveral con sus tradicionales ceremonias matrimoniales, culmina en la fiesta de las primicias y cosechas propias del tiempo que va del verano al otoño.

No fueron los egipcios los únicos ni los primeros en representar al sol invernal como un tierno infante de inseguros pasos; pero la figura literaria con que expresaron la idea, tiene una plasticidad encantadora: "Ven a mí, di-

jo la madre-Tierra tendiendo sus brazos; y el niño - el niño-Sol, el Dios-niño - dio sus primeros pasos."

Tal el sentido de los fuegos encendidos en la larga vigilia: "Con estos fuegos que son tu imagen, hechos de luz y calor que es tu substancia, "te invocamos, oh Sol; ven a nosotros', parecen decir.

Por supuesto que el Sol no necesita de ninguna ceremonia para venir. Pero el hombre sí - ya que por este medio se afirma en la idea de que el Señor de los Cielos al que se somete la Naturaleza es su aliado y colaborador. Y eso alimenta su fe y su esperanza.

La especie no se desarrolló en una única línea ni siempre en sentido ascendente. Al contrario: la cultura del hombre tomó a menudo direcciones divergentes y hasta opuestas, y todo volvió atrás muchísimas veces luego de haber alcanzado otras tantas las cumbres de la civilización. Pero todo a lo largo, si bien variando en significado, el simbolismo del Fuego Terreno que invoca al celeste y la noción de la identidad de todos los fuegos, es algo que siempre estuvo ligado a la religiosidad del hombre.

La celebración del solsticio invernal puede, entonces, entenderse de muchas maneras; pero en todos los casos se trata de 'encender fuegos que llaman al Fuego'. Es una invocación al mayor de los dioses para la obra pacífica, constructiva, civilizadora.

Es indudablemente cierto que, como dice el Zo-

har: 'Jamás la parte comprenderá al Todo'. En consecuencia parece superfluo este afán de comunicación entre la frágil criatura humana y lo que es trascendente. Pero el mismo texto agrega:
"Sin embargo, en el vuelo que toma para eleverse
"hasta su fuente, la parte desprende sus fuegos.
"Y aunque el Fuego supremo es tan sutil que permanece por siempre oculto, se siente atraído por los
"fuegos que sueltan las partes en su esfuerzo por
"ascender. De manera que el Fuego penetra los fue-
"gos y se confunde con ellos..."

Fuegos que llaman al Fuego fueron los que se encendieron en las solemnidades solsticiales de los tiempos agrarios; y fuego unido a los fuegos del esfuerzo lo que fructificó en los surcos y culminó en las cosechas. Fuegos que llamaban al Fuego fueron los que alumbraron las cavas de la Tierra cuando los hielos; y lo son también los que hoy día se encienden en las mentes de los científicos, los artistas, los poetas, los inventores, y en las de todos los exploradores de lo desconocido - sea geográfico, científico, estético, lírico, o místico. De manera que hoy como ayer las celebraciones solsticiales son una expresión de esperanzas de fraterna prosperidad, de unión laboriosa de los hombres entre sí y con el cielo, y de que la Luz alumbre nuestro camino y lo haga fecundo.

Pero no solo de pan vive el hombre. De ahí que íntimamente unida al mito del Fuego, la Luz, el Calor y la Vida, esté la figura de Prometeo - que no debe entenderse como un personaje individual, sino como una entidad colectiva represen-

tativa de aquella jerarquía que desde tiempo inmemorial tiene por oficio 'robar el fuego celeste para darlo a los hombres'. Fuego que da ya directamente bajo la forma de Iniciación en los Misterios (que son los de aquella Luz y aquel Calor y vida) ya bajo la forma de Civilización. Jerarquía que, como el legendario personaje, está como 'encadenada a todo ésto' hasta que el último hombre 'haya visto la Luz' y el mundo sea en su totalidad, libre, igualitario y fraterno.

La visión que de la Luz tiene ese Prometeo es algo diferente de la que tuvo la humanidad durante su estado tribal; porque la entiende como luminosidad y libertad del entendimiento y la conciencia, y no como simple fuerza solar física. Porque lo que nos hace ver las cosas no es en realidad la luz material sino la capacidad gnoscitiva; y no las podremos vèr como son a menos que ésta goce de la necesaria libertad.

Los más sabios entre los pueblos que han hecho del Sol el símbolo de la Luz tienen el mismo concepto. Los brahmanes reciben el amanecer con un himno que dice: "Oh esferas de la Tierra, el Agua, "y la Atmósfera! Contemplemos ese maravilloso, "salutífero, omnisciente espíritu de luz que siem-"pre está yendo y viniendo - y que eso nos con-"duzca..."; y el poeta del Mahabharata pone en boca de Arjuna la siguiente impetración: "Oh Su-"premo sustentador del universo del que todo pro-"cede y al que todo ha de volver: muéstrame la "verdadera faz del sol espiritual oculta ahora ba-"jo áureo disco para que pueda yo conocer la ver-"dad y cumplir mi Deber..."

La luz física - la del Sol - es la que al término de la noche nos descubre y hace ver las cosas. Pero es la del entendimiento lo que hace que esa visión sea inteligible. No es ante el fenómeno solar en sí mismo que se asombra el que compuso el recién mencionado verso, sino ante ese 'maravilloso, salutífero, omnisciente' espíritu de Luz que es la Inteligencia. La cual despierta junto con el día y en adelante siempre está inquieta, yendo y viniendo curiosa. También nosotros podemos, pues, al contemplar el prodigio del Entendimiento, decir sin ninguna violencia: "Que
"sea Ella y no las sombras de la ignorancia o la
"ambición, lo que nos conduzca hacia nuestro Des-
"tino."

La frase de Arjuna alude a lo mismo. Porque oculta bajo el áureo disco del Sol hay otra Luz capaz de mostrarnos las verdades de la Ciencia, el camino del Deber y las ocultas vías del alma. A esa segunda Luz (que en realidad es la luz primera), algunos la llaman VEREO.

Esa es la visión de la Luz que tienen los Iniciados. Visión que nace y se nutre del asombro del hombre ante sí mismo.

Porque consciente de su fragilidad como criatura, el hombre no alcanza a comprender por qué milagro alienta en él una mente capaz de conocer y de crear, de hablar y de escuchar. Y no únicamente las cosas, ruídos y voces naturales, sino las procedentes de otros ámbitos - inquietantes y terribles, sublimes y exaltados - donde viven los recuerdos y los muertos, los miedos y las furias, los demonios y los dioses, el pasado y el futuro.

Porque hay cosas y voces naturales: la rama que